



Eli Jane Foster

Gold

and

A

Diamonds

Gold and Diamonds IV

Eli Jane Foster

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Sara miró los ojos grises de Calvin, que corría al lado de la camilla con el rostro descompuesto. —Eso es, nena. No dejes de mirarme —dijo desesperado sin quitar la mano de su cuello para evitar que la sangre fluyera—. ¡Daos prisa, joder! —gritó a los sanitarios yendo hacia el quirófano.

Una lágrima cayó por su sien sintiendo que había llegado el momento. E igual era lo mejor porque no podía más. Cerró los ojos mareada sintiendo que ya no le quedaban fuerzas para luchar ni fuerzas para continuar, antes de que su cabeza cayera de lado sin sentido mientras Calvin gritaba su nombre.

—Sara, tráeme el expediente de la señora Martínez —dijo su jefe muy serio sentado tras su escritorio antes de que la fulminara con la mirada—. Debe estar sobre mi mesa antes de que entre la paciente para que lo revise, mientras vas a por ella a la sala de espera. La paciente gruñó sentada ante él como si fuera una incompetente, antes de sonreír al doctor dándole la razón.

Se sonrojó con fuerza. —Lo siento, doctor Mayors —susurró saliendo de la consulta a toda prisa para correr hasta el archivador que tenía en la oficina de detrás de la recepción.

Las mujeres de la sala de espera la miraron estirando el cuello mientras la recepcionista sonreía irónica poniéndola aún más de los nervios y cuando encontró el expediente, corrió de nuevo hasta la consulta entrando sin llamar.

La paciente se estaba desvistiendo tras la cortina y el doctor le arrebató el expediente de la mano antes de sisear —Que no vuelva a pasar. Mi tiempo es oro, ¿entendido?

—Sí, doctor —susurró inquieta.

Calvin Mayors sonrió a la señora Martínez que fue hasta la camilla. Tenía cincuenta y cinco años y empezaba a tener síntomas de menopausia. Lo que le había dado un disgusto, porque se notaba que era una mujer que quería luchar contra el tiempo todo lo que podía. La cirugía estética, el preparador físico y una dieta estricta no la habían preparado para el instante en que su jefe le había dicho que tenía síntomas de que había llegado el momento en que ya no tendría que preocuparse por los periodos. Se había puesto histérica y había exigido más pruebas. Y allí estaba otra vez para una nueva exploración por si algo había cambiado.

Se acercó a ella de manera eficiente para ayudarla a subir a la camilla, pero la miró como si hubiera cometido un delito grave. —¡Puedo sola! ¡No soy una vieja que no puede subir un escalón, estúpida!

Se sonrojó con fuerza por el insulto y miró a su jefe, que se sentó en su silla giratoria frente a la camilla como si no hubiera escuchado nada. Sara tragó saliva sintiéndose humillada y diciéndose que tenía que ser profesional se sentó tras el doctor esperando instrucciones como siempre. No era la primera vez que la insultaban en la consulta, pensó apretándose las manos. Allí iban las mujeres más ricas de la ciudad y parecían pensar que eso les daba derecho a comportarse como les viniera en gana, pero lo que le fastidiaba y mucho, era que su jefe nunca diera la cara por ella.

Miró sus rizos rubios impecablemente peinados hacia atrás mientras hablaba agradablemente con la mujer. Al ser las nueve de la mañana aún los tenía en su sitio pero por la tarde ya los tendría más desordenados, dándole un aire canalla que la volvía loca. Ese era otro problema y muy grave, porque desde que le había conocido hacía cuatro meses se había vuelto loca por esos rizos y por todo lo demás. Cada vez que la miraba era como si le dieran una auténtica descarga que traspasaba su vientre y aún se asombraba de que su corazón saltara al escuchar el sonido de su voz. Era como para volverse loca ya en un caso así, pero es que eso no era todo. Despedía una aura de erotismo que se le caerían las bragas a la más monja y la sonrisa de esa bruja que

estaba sobre la camilla, demostraba que era capaz de seducir a cualquier mujer entre los noventa a los doce años en cualquier circunstancia.

Y desgraciadamente Sara sabía que no desaprovechaba sus oportunidades. Las tenía a patadas. De hecho, hasta iban a la consulta para tener lo que él llamaba sin ningún reparo un descanso. Cuando le decía a Sara que se tomara un descanso, en realidad se lo iba a tomar él, porque eso significaba que Sara tenía que ir a recepción mientras su jefe se follaba a la que acababa de llegar para lo que se suponía que era una revisión. Y menuda revisión se llevaban, porque salían de allí con una sonrisa en la cara que parecía que les había tocado la lotería, mientras que Sara sentía que se le retorció el corazón porque a ella no se le había insinuado jamás. Es más, hasta parecía que no la soportaba. Nunca le decía que hacía un buen trabajo, porque daba por hecho que al ser el mejor en su campo, ella tenía que estar a la altura. Por supuesto eso no se lo había dicho él sino su antecesora, que fue muy específica en cómo hacer su trabajo. Incluso le había hecho una lista de lo que debía hacer paso a paso en cada una de sus funciones y ella por supuesto se la había estudiado de memoria. Ya lo hacía de manera mecánica y lo del expediente no sabía realmente cómo había sucedido. Suspiró pasándose la mano por la frente. Igual porque hacía días que no dormía bien.

El doctor Mayors volvió la cabeza de golpe mirándola fijamente. —
¿Ocurre algo?

Se enderezó jurando para sí porque le había vuelto a cabrear. —No, doctor.

La miró como si fuera un auténtico desastre antes de centrarse de nuevo en su paciente. Estupendo, le había desconcentrado. Algo imperdonable, como le había dicho su anterior enfermera. A la mujer le había llegado el momento de la jubilación y parecía que le estaban arrancando un brazo. No porque estuviera enamorada de él, si no porque le quería como a un hijo y no le daba importancia a sus correrías. Es más, estaba orgullosa de su querido doctor. Y lo sabía porque la mujer se había pasado a tomar un café como hacía todas las semanas para controlarla de cerca y en ese momento había salido una paciente con esa sonrisa especial. Soltando una risita cómplice dijo —Este chico... Las tiene loquitas.

Ese fue el momento en que se atrevió a preguntar y la mujer le dijo que era joven y trabajaba mucho. Tenía que relajarse, así que lo mejor es que se metiera en sus asuntos cuando le decía que saliera de la consulta. La advirtió con la mirada. —Te aconsejo que si no quieres problemas, hagas que no ves nada. Tú a tu trabajo, que es lo que tienes que hacer y para eso se te paga.

Esa frase la intrigó y no tardó en enterarse de qué hablaba. Su jefe tenía gustos muy especiales respecto a sus preferencias sexuales. Un día regresó a la consulta porque se había olvidado el móvil y escuchó un quejido. Pensando que estaban robando medicamentos, se acercó a la consulta que tenía

la puerta abierta y con el móvil en la mano estaba lista para salir corriendo y llamar a la policía. Su jefe estaba desnudo de espaldas a ella mientras metía la mano entre las piernas de una mujer a la que tenía agarrada del cabello. Ella gimió inclinando su cuello hacia atrás mientras Calvin le ordenaba — Agáchate y chúpame la polla.

—Sí, amo.

Soltó su cabello y ella se agachó hasta arrodillarse sin dejar de mirarle a los ojos. Sara vio como su musculosa espalda se tensaba con fuerza cuando le agarró el miembro antes de acariciárselo de arriba abajo y sonreír con picardía. —¿Te gusta?

Sara se sobresaltó cuando le dio un cachete en la mejilla antes de cogerla por los mofletes y decir con voz grave —¡Abre la boca, joder!

Se quedó petrificada viendo como le retó con la mirada y Calvin gruñó cogiéndola por la melena levantándola y tirándola contra la camilla. Sintió que su corazón se retorció viendo como su jefe le abría las piernas antes de darle un fuerte azote que la hizo gritar de placer. —Esto te encanta, ¿verdad? —dijo él divertido.

—¡Sí, fóllame!

Tiró de su cabello hacia atrás arqueando su cuello y él susurró —No, preciosa. Me has cabreado y eso no va a pasar.

Le dio otro cachete y otro hasta sonrojar su clara piel mientras ella suplicaba que le necesitaba. No sabía lo que le estaba pasando, pero jamás en su vida se sintió más excitada que en ese momento. Calvin volvió la cabeza de golpe y sus ojos se encontraron. Separó los labios sin poder evitarlo y él miró su boca. Se estremeció por su mirada de deseo y dio un paso atrás asustada antes de salir corriendo.

Se estremeció de nuevo recordando ese momento y tragó saliva intentando calmar su corazón acelerado como siempre que recordaba su mirada. Esa noche no había pegado ojo pensando que la despediría en cuanto llegara al trabajo. Y se sorprendió un poco cuando al encontrarse al día siguiente él simuló que no había ocurrido nada. Es más, hasta obvió un par de errores que en otro momento le hubieran costado una buena bronca.

Se mordió el labio inferior porque lo que había sucedido en ese mismo sitio semanas atrás la estaba volviendo loca. No sabía si quería estar en el puesto de esa mujer y eso la asustaba aún más, porque jamás se había imaginado que tuviera esas tendencias. Desde que había sucedido, se pasaba sus tiempos libres ante el ordenador buscando toda la información que se había escrito de la dominación y estaba tan excitada como horrorizada, lo que le decía que algo en ella no iba bien.

Cuando Calvin se levantó, se sobresaltó volviendo al presente.

—Voy a recetarle algo para que los síntomas de este periodo de su

vida sean más llevaderos. El tratamiento le vendrá muy bien, ya verá.

—¿Usted cree, doctor? ¿Me quitarán los sofocos nocturnos?

—Seguro que los paliará. De eso no tenga duda.

—Es que esto no se lo espera una, ¿sabe? —Sara levantó una de sus cejas castañas sin darse cuenta porque la tía tenía más de cincuenta tacos. Pues ya iba siendo hora de que lo pensara. —Y pienso que ahora ya todo es cuesta abajo, que perderé atractivo y... Usted me entiende, ¿verdad?

—Por supuesto. —Sonrió de manera encantadora. —Y eso es algo que a usted no tiene que preocuparla. Todavía está de muy buen ver.

La mujer se sonrojó como una colegiala. —¿Y sobre lo otro? — preguntó seductora.

Sara chasqueó la lengua.

—Si se refiere a las relaciones sexuales, el tratamiento le vendrá fenomenal para no perder el apetito sexual.

Se lo comió con los ojos. —Eso de momento no me ha pasado.

—Estupendo. —Se volvió y fue hasta su mesa. —Sara tráeme un café.

Le miró asombrada porque nunca se tomaba un café cuando estaba atendiendo a una paciente. ¡Aquello no podía estar pasando! —¿Perdón?

Levantó la vista de la receta que estaba escribiendo. —Un café — ordenó fríamente.

Disimulando su asombro salió de la consulta para ir a toda prisa hasta la cafetera que estaba en la recepción. Casi chillaba de la alegría cuando vio que la cafetera estaba llena y regresó con la taza a toda pastilla, entrando sin llamar, para ver que la mujer estaba cogiendo la receta con una sonrisa de estúpida que no podía con ella. —Gracias, doctor.

—Un placer. Si necesita algo, no dude en llamarme.

La mujer sonrió de medio lado antes de salir de la consulta. Sara asombrada dejó la taza ante él y Calvin sin mirarla y sin darle las gracias tomó un sorbo. —Cierra la puerta, Sara.

Ella lo hizo y regresó ante el escritorio algo nerviosa porque sabía que iba a echarle la bronca por lo del expediente.

Él tiró el bolígrafo a un lado y se reclinó en su asiento mirándola fijamente durante unos segundos, bebiendo de la taza de cuando en cuando. Se apretó las manos nerviosa y él las miró haciendo que las soltara en el acto. —¿Se puede saber qué coño te pasa hoy? —gritó sobresaltándola.

—Lo siento, doctor. Es que no he dormido bien.

—No has dormido bien. —Dejó la taza sobre la mesa de cristal y se levantó rodeándolo para acercarse a ella. —¿Y hay alguna razón en especial? —Se acercó a ella y susurró —¿La hay?

Se sonrojó intensamente. —¿Razón?

—¿Por qué no has dormido bien, Sara?

—No lo sé. Me pasa a veces —dijo agachando la mirada.

—¡Mírame!

Se sobresaltó levantando el rostro y él sonrió. —Desde que me viste estás muy rara. ¿Te avergüenza el sexo, Sara?

Se sonrojó aún más porque no se esperaba que sacara el tema. —No, por supuesto que no.

—Te comportas como una virgen. ¿Eres virgen? ¿Te escandaliza?

—No.

—Ah, entonces es que te gustó mirarme. —Se acercó a su oído y susurró —¿Te excitó? —Se estremeció al sentir su aliento rozando su piel. Intentó pensar rápidamente y negó con la cabeza. —¿No? —Él miró el escote de la horrible bata que le obligaba a llevar tres tallas por encima de lo que le correspondía y se avergonzó porque sus pezones se marcaban a través de la tela. —Ábrete la bata. —Le miró sorprendida. —¡Ahora! —ordenó estremeciéndola.

Con las manos temblorosas y sin poder dejar de mirar sus ojos, sus manos fueron a parar al primer botón de la bata. No supo ni como atinó a desabrochárselo y siguió con el siguiente. Cuando llegó a mitad del vientre él dijo —Para. —Miró su escote cortándole el aliento y ordenó —Ábrela. —

Sintiendo que el corazón le iba a mil por hora se abrió las solapas mostrando el sujetador blanco de encaje que llevaba debajo. Él levantó una ceja mirando los pezones a través de la transparencia. Calvin levantó una mano y desabrochó el sujetador por su cierre delantero liberando sus pechos. La observó durante unos segundos antes de mirarla a los ojos. —¿Tienes frío, Sara?

No podía mentir porque siempre había pensado que en la consulta hacía demasiado calor y por eso no llevaba nada debajo de la bata. —No, doctor.

Él miró sus pechos de nuevo y acarició su pecho izquierdo suavemente con el dorso del dedo índice hasta llegar a su pezón. —¿Entonces es que estás excitada? ¿Qué ocurre, preciosa? ¿Quieres que me meta entre tus piernas? — La miró a los ojos sonriendo irónico y la cogió por la nuca pegándola a él. Jadeó de placer al sentir su cuerpo pegado al suyo. —No quiero cambiar de enfermera.

Sintió que las esperanzas recorrían su cuerpo y susurró casi sin aliento —Yo quiero...

—¿Quieres? Tú no quieres nada que yo no quiera. —Se apartó de ella regresando a su sitio. —Y esto no lo quiero. Arréglate y que pase la siguiente.

Se quedó allí parada sin moverse porque no sabía si decir algo o

quedarse callada. No quería perder la oportunidad y puede que no tuviera otra, así que dijo algo que sabía que a él le gustaría por los videos que había visto. —Por favor...

Los ojos de Calvin brillaron. —¿Por favor? ¿Por favor qué, Sara? Dilo.

Su corazón parecía que iba a salirse del pecho mientras decía — Quiero ser su sumisa.

Calvin apretó los labios. —Que pase la siguiente.

Decepcionada y avergonzada bajó la vista y se abrochó el sujetador a toda prisa. Abrochándose la bata fue hacia la puerta. —Que no te toque otro hombre, Sara —dijo deteniéndola en seco—. Aún me estoy decidiendo.

Sin volverse sonrió sintiéndose inmensamente feliz y salió del despacho a toda prisa. Radiante de felicidad siguió trabajando y comportándose como la perfecta enfermera. Esa noche durmió a pierna suelta por primera vez en mucho tiempo.

Al día siguiente se llevó su primer chasco cuando después de llevar a una de las pacientes hasta la consulta, Calvin le hizo un gesto con la mano diciendo —Puedes tomarte un descanso.

No se lo podía creer y miró a la mujer del vestido rojo que estaba dejando el bolso en una de las sillas con una sonrisa satisfecha en el rostro. —

¿Seguro que no me necesita?

—No, no te necesito en absoluto.

Esa frase cayó sobre ella como un jarro de agua fría viendo cómo se acercaba a la mujer y la cogía por la cintura haciéndola reír como una hiena. Él la miró sobre su hombro. —¿Quieres quedarte a mirar?

Se sonrojó con fuerza y salió de la consulta haciendo reír a la mujer a carcajadas. Se sintió estúpida y se escondió en el baño reprimiendo las ganas de llorar. No lloraría por él. Se había prometido hacía tiempo que no lloraría por ningún hombre y Calvin no la iba a cambiar. Tomó aire y se mojó las muñecas para intentar calmarse y al mirarlas vio el tatuaje que tenía sobre la cicatriz de su muñeca derecha. Había mandado escribir la palabra amor para borrar todo el odio y el miedo que había sentido en el pasado. Mientras se la tatuaban se había imaginado que esa palabra, que a partir de ese momento la acompañaría para siempre, atraería algo bueno entre toda la mierda que había vivido, pero al parecer no era así. Había conseguido salir a flote, pero no había encontrado el amor y fijándose en hombres como Calvin no lo iba a conseguir jamás. Tomó aire secándose las manos y se dijo a sí misma mirando sus ojos castaños en el espejo. —Nadie te va a hundir. Nadie. Y mucho menos ese gilipollas. ¿No quiere estar contigo? Que le follen.

Salió de la consulta y fue hasta recepción para continuar con su trabajo. Sonrió fríamente a las que estaban esperando, diciéndose a sí misma

que ya podían esperar sentadas.

—¿Un descanso? —preguntó Dana con cachondeo colgando el teléfono.

Fulminó con la mirada a la recepcionista. —¿Y a ti qué te importa?

—No, si a mí me importa una mierda —dijo reprimiendo la risa—. Es a ti a quien se te llevan los demonios.

Entonces la miró fijamente. Tenía más o menos su edad unos veinte cinco y estaba embarazada de ocho meses de un novio al que no había visto nunca. Llevaba su cabello teñido de rubio platino cortado a lo chico y vio en sus ojitos verdes cierta malicia que su compañera fue perdiendo poco a poco poniéndose seria al ver que no le hacía ninguna gracia. —Lo siento. Era una broma.

—Lo sé. Pero estamos aquí para trabajar. Está claro que no nos tragamos, entre otras cosas porque no pegas un palo al agua. Igual debería hablar con el doctor para explicarle la situación, ¿no crees? Que él elija quién se queda.

Dana se sonrojó porque su puesto era mucho menos importante que el suyo y aunque era la más nueva de las dos, puede que el tiempo que pasaban juntos la dejara en desventaja. —No quería ofenderte.

—No ofende quien quiere sino quien puede. —Se sirvió un café que ni

quería y cogió el expediente de la siguiente paciente. Salió de la recepción para ir a la sala de descanso desde donde veía la puerta de la consulta.

En cuanto salió la mujer, entró en la consulta donde Calvin se estaba poniendo la bata y dejó el expediente encima de la mesa. Él se tensó observándola salir de allí sin mirarle siquiera.

Trabajó de manera eficiente durante el resto del día y cuando llegaron las seis, fue hasta el vestuario y empezó a quitarse la bata. Dana entró para coger su bolso y sin dirigirle una palabra salió de allí.

—Estupendo —siseó por lo bajo cogiendo la bata y enrollándola antes de meterla en el enorme bolso que se llevaba a trabajar. Cogió los vaqueros y se los estaba abrochando cuando la puerta se abrió. Sin mirar a Dana cogió su jersey azul y lo abrió por el bajo para ponérselo.

—¿Qué ocurre, Sara?

Chilló del susto volviéndose con sus ojos castaños como platos para ver allí a Calvin y casi se desmaya del alivio al reconocerle. Él frunció el ceño al ver su palidez. —¿Estás bien?

—Sí, sí, claro. —Se sonrojó con fuerza agachando la mirada. —Es que me ha asustado, eso es todo. —A toda prisa se puso el jersey. —¿Quería algo? —Se agachó para calzarse las zapatillas de deporte.

—Que me mires, eso quiero.

Se tensó incorporándose lentamente y le miró a los ojos levantando la barbilla. Él entrecerró los suyos mirándola fijamente. —Al parecer estás algo molesta.

—¿Yo? —Negó con la cabeza como si no supiera de lo que hablaba.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó tensándose por su actitud.

Decidió no hacerse la tonta. —Sí. —Cogió su bolso acercándose a él y colgándoselo al hombro. —Estaba equivocada.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes.

—Me he dado cuenta de que quiero otra cosa.

Él sonrió irónico. —Este es un país libre.

—Perfecto. ¿Vuelvo mañana?

—¿Acaso también quieres dejar tu trabajo?

—No, sobre todo porque no encontraré otro en el que me paguen tan bien.

Un músculo saltó en su mejilla y ella se dio cuenta que había dañado su orgullo, pero no pensaba desdecirse.

—Perfecto. Pues hasta mañana, a ver si te ganas cada dólar.

—Eso pienso hacer. —Salió de allí sintiendo la mirada en su espalda.

Iba a salir de la clínica y se detuvo cerrando los ojos. Tomó aire antes de

mirar la calle por costumbre. Sacó la gorra de su bolso y se la puso cubriendo su cabello castaño antes de empujar la puerta del portal, empezando a caminar a toda prisa hasta la boca del metro.

Capítulo 2

Si antes su relación era profesional, ahora no había palabras para describirla. Ella procuraba que no tuviera ninguna queja en su trabajo y se convirtieron en uno. De hecho antes de que pidiera algo, ella ya se lo tenía preparado. Llegó a confiar tanto en su trabajo, que le propuso ser su ayudante en quirófano. Sin mover un gesto le dijo que no estaba en quirófano desde las prácticas y él no le dio importancia. La consecuencia, que pasaban aún más horas juntos, porque también estaba pegada a él las horas en las que no había consulta. Así que fue inevitable. Lo que antes era un deseo arrollador, se convirtió en amor porque era un hombre digno de admirar. No solo era un cirujano brillante, era un hombre que anteponía su trabajo a cualquier cosa y le había visto atender a mujeres sin recursos que le necesitaban con desesperación. Esa faceta fuera de la consulta no la había conocido y ver cómo se entregaba en el quirófano para salvar el ovario de una mujer sin seguro, que solo tenía la ilusión en la vida de tener un hijo por sus propios medios... No pudo remediarlo, se enamoró de él totalmente.

Pero intentó no demostrarlo porque sabía que no tenía nada que hacer.

Simplemente lo aceptó como todo lo que le había ocurrido en la vida y simulando ser la enfermera perfecta, se alimentaba de cada gesto suyo o de cada palabra que salía de su boca. Así pasó un año y llegó el día que cambió su vida para siempre.

Se levantó hecha polvo y cuando llegó a la consulta tenía ojeras, aparte de estar pálida como una muerta. Cuando llegó su jefe, le saludó formalmente como cada día y él se quitó el abrigo dejándolo en el perchero mirándola fijamente. —¿Ocurre algo, Sara?

Ella negó con la cabeza. —Por supuesto que no, doctor. ¿Paso a la primera paciente?

Después de quitarse la chaqueta del traje, él cogió la bata sin quitarle ojo y se la puso en silencio para después cerrar el armario que había tras su mesa, oculto en el mueble. Se acercó abrochándosela y ella se tensó sin poder evitarlo.

—No tienes buena cara —dijo profesionalmente, lo que a ella la alivió—. ¿Estás enferma?

—No, doctor. —Iba a alejarse cuando él la cogió por la muñeca y Sara le miró sorprendida.

—Siéntate Sara.

—Pero... —Al ver como la miraba a punto de soltarle cuatro gritos, se sentó en la silla de inmediato y decidió ir al grano, porque le conocía lo suficiente como para saber que no la dejaría ir hasta que se enterara. —Tengo la regla. Eso es todo.

Se cruzó de brazos mirándola fijamente. —¿Tienes dolores a menudo?

—Algunos meses más que otros.

—¿Siempre ha sido así?

Gruñó por dentro y respondió a regañadientes —Sí.

—Cuando se te vaya la regla, quiero hacerte una exploración completa.

Le miró sorprendida. —Tengo mi ginecólogo. —Se levantó de inmediato mientras él se tensaba. —Aunque gracias por el ofrecimiento.

—No es un ofrecimiento. Es una orden.

Se volvió sorprendida. —¿Perdón?

—Lo que has oído. Ahora haz que pase la primera paciente.

—¡No puede darme órdenes!

Dio un paso hacia ella y siseó —No vuelvas a levantar la voz. — Apretó los labios impotente mientras continuaba —Y te aconsejo que dejes esas tonterías de lado. Si digo que voy a comprobar que todo vaya bien, lo

pienso hacer y no tienes nada que decir al respecto. ¿O tienes alguna razón para que no sea así?

—Ya tengo mi ginecólogo.

—¿Y es el mejor de la ciudad? —preguntó con ironía.

—Sabe que ese es usted.

—¡Pues te estoy ofreciendo mis servicios gratuitamente, no sé a qué viene esta tontería!

—Viene a que estoy bien, doctor Mayors.

—¿Quieres provocarme, nena? —Se le cortó el aliento viendo la furia en sus ojos grises. —Sabes que no tengo paciencia, así que deja de llevarme la contraria. Eso me saca de mis casillas y puede que te despida en un arrebato. ¿Quieres eso?

Se quedó pálida del todo sintiendo que el miedo la traspasaba. Miedo a no verle nunca más y eso sí que no podría soportarlo. Prefería tenerle así a no tenerle en absoluto. —Le avisaré cuando haya terminado.

Calvin levantó una ceja. —Ahora sí que puedes pasar a la paciente.

Ese episodio hizo que estuviera inquieta el resto de la semana y cuando llegó el lunes estaba de los nervios porque sabía que de ese día no se libraba. Sabiendo que vería parte de ella que no se veía a menudo, de hecho no se veía desde hacía siglos, se depiló entera y se echó su crema corporal

favorita para que su piel brillara. Era una pena que no estuviera algo morena porque a pesar de tener la piel tan blanca, cogía un color dorado precioso. Pero era lo que había y él estaba acostumbrado a ver de todo, así que resignada llegó al trabajo.

Para su sorpresa no le dijo nada en todo el día y casi grita de la alegría cuando la última paciente se fue y cerró la puerta de la consulta, pues Dana había tenido que irse para recoger a la niña de la guardería. Fue hasta el vestuario y al pasar ante el despacho de Calvin éste dijo —Sara ven aquí.

Gimió por dentro porque al parecer no se había olvidado y caminó hasta la puerta forzando una sonrisa. —¿Si, doctor?

—Desnúdate y ponte sobre la camilla —dijo como si nada escribiendo en un expediente.

—Es que tengo una cita.

Él se tensó y giró la cabeza lentamente fulminándola con sus ojos grises. —Súbete a la camilla.

Gruñó por dentro entrando en la consulta y se dijo que cuanto antes mejor. De todas maneras ya se había depilado y hacía siglos que no se hacía una revisión ginecológica. Sin molestarse en desnudarse tras la cortina para coger la bata, se quitó la suya dejándola junto con la ropa interior sobre una silla que había pegada a la pared. Nerviosa echó un vistazo sobre su hombro y

vio que él la estaba observando desde detrás de la mesa.

—Tumbate en la camilla. —Su voz ronca la excitó muchísimo y mordiéndose el labio inferior fue hasta la camilla subiendo el escalón. Se sentó sobre ella y se tumbó mientras él se levantaba. Puso las manos a ambos lados de su cuerpo y cuando llegó a su lado le cogió el antebrazo levantándoselo sobre su cabeza. Intentando abstraerse para que no viera que le afectaba su contacto, miró hacia el otro lado. Calvin palpó su axila antes de empezar a bajar hasta su pecho que estaba endurecido. —¿Tus reglas son regulares?

Se estremeció con el sonido de su voz y apretó sus muslos sin darse cuenta. —Sí —respondió sin aliento mientras palpaba la parte baja de su seno.

—¿Dónde te duele exactamente?

—En los riñones y en los ovarios.

Él asintió levantando su otro brazo y empezando a hacer lo mismo. —
¿Tomas la píldora?

Se mordió la lengua reprimiendo un gemido cuando su mano llegó a su pecho y lo palpó con ambas manos. —No —respondió sin pensar.

Él bajó las manos y palpó con fuerza por encima de su vientre. —¿Te duele?

—Ya no.

Calvin asintió. —Pon las piernas en los estribos.

Se le erizó la piel por el tono grave de su voz y le miró sin poder evitarlo, pero él estaba cogiendo la silla giratoria para sentarse. Sintiendo las piernas gelatina levantó una y después la otra para colocar los talones sobre los estribos sintiéndose totalmente expuesta. —¿Hace cuánto de tu última relación sexual?

Apoyó los codos sobre la camilla. —¿Qué?

La miró a través de sus piernas. —¿Cuántas veces me has oído esa pregunta, Sara? Parece que te sorprende que te la haga.

Gruñó sin ningún disimulo dejando caer la cabeza. Mejor no ver nada y acabar cuanto antes, así que mintió —Seis meses.

Ella sin poder evitarlo levantó la cabeza echándole un vistazo y vio que sonreía de una manera que le puso los pelos de punta.

—¿Me estás mintiendo, nena? —Se le cortó el aliento al sentir como sus dedos entraban en ella palpándola. —Vaya, casi no necesito ni el gel de lo empapada que estás —dijo moviendo su mano de arriba abajo provocando que a Sara casi le diera un infarto de la impresión por el placer que recorrió su cuerpo de arriba abajo. Levantó las caderas sin darse cuenta—. Sara, eres una niña muy mala —dijo con voz ronca moviendo su mano de nuevo haciendo que se tensara aún más gritando de placer—. ¡Joder! No te corras, nena. Porque si

lo haces me voy a cabrear. —Movi6 su mano de nuevo y Sara grit6 con fuerza estremeci6ndose en un orgasmo tan intenso que la dej6 medio atontada.  le dio una palmada en su sexo alargando su xtasis. —Estupendo. Esto es estupendo, Sara —sise6 cabreado levant6ndose y cogiendo el ec6grafo vaginal—. Seis meses, eh? A mí no puedes engañarme. No te ha tocado otro hombre desde que me conoces. Y sabes por qué, preciosa? Porque eres mía. —Sara cerr6 los ojos sabiendo que tenía raz6n, pero se negaba a pasar por lo que conllevaba ser su sumisa. Le dio otra palmada en su sexo haci6ndola gemir y su deseo volvi6 con fuerza. —Vuelve a correrte y te juro que no te levantar6s de esa camilla en toda la noche. —Meti6 el ec6grafo en ella y Sara se agarr6 a la camilla clavando las uñas con fuerza porque jam6s pens6 que pudiera sentir tanto placer. Calvin sonri6 movi6ndolo lentamente mientras miraba el monitor. —Muy bien. Al parecer no hay nada extraño, nena. De hecho todo est6 perfecto. —Movi6 el ec6grafo en su interior y excitadsima gimi6. Y m6s cuando la mano de  acarici6 su vientre. —Lo sientes? Te est6s imaginando que es mi polla? —Su pulgar acarici6 su clítoris y Sara grit6 arqueando su cuello hacia atr6s. —S, verdad? Yo tambi6n lo he imaginado muchas veces. —Sara sinti6 que se volvía loca y m6s cuando su mano subi6 hasta sus pechos para acariciarlos sin dejar de mover el aparato en su interior. —No sabes las veces que te he follado ahí mismo. —Apret6 el pez6n entre sus dedos. —Y me he follado a otras pensando en ti tumbada como est6s en este

momento. En esos labios rodeando mi polla mientras esos ojitos castaños me miraban a los ojos, preciosa. —Movi6 el ec6grafo de nuevo entrando en ella del todo y Sara por mucho que quiso evitarlo no pudo contenerse, estallando en un orgasmo que la dej6 casi sin sentido.

6l gru6o siseando mientras sacaba el ec6grafo —Nena, te lo advert6. —Antes de darse cuenta le hab6a bajado las piernas de los estribos y la volvi6 tumb6ndola boca abajo sujetando sus mu6ecas sobre su cabeza con una sola mano. —Puede que dijeras que no quer6as esto, pero te mueres por tenerlo, as6 que te lo voy a dar. Ya no me voy a reprimir, preciosa. Bienvenida a mi mundo. —El azote la sorprendi6 tanto que la espabil6 del todo y chill6 de la sorpresa. —Esto es un castigo. Aprender6s que tienes que hacer lo que yo quiera y como yo lo quiera. —La azot6 de nuevo y Sara gimi6 cerrando los ojos mientras 6l acariciaba donde le hab6a azotado antes de meter las manos entre sus piernas. —¿Lo sientes? Es algo entre el placer y el dolor, ¿verdad? —La agarr6 de su cabello y levant6 su cara. Le mir6 a los ojos asustada y 6l se tens6. —Ac6ptalo. Acepta que no puedes vivir sin esto porque si no vas a sufrir mucho, nena.

—No quiero verte con otras —dijo sin poder evitarlo.

Su mirada se oscureci6 antes de atrapar su boca bes6ndola como si fuera suya y lo era. No pod6a negarlo. Era suya desde que le hab6a conocido y respondi6 a su beso de manera casi desesperada porque hab6a so6ado con ese

momento demasiado tiempo. Calvin soltó sus manos y se volvió hacia él abrazándolo por el cuello. La pegó a su cuerpo acariciando su espalda hasta llegar a su nuca. Apartó su boca y la miró a los ojos. —Estás castigada. Vístete.

Parpadeó sorprendida. Era increíble el control que tenía ese hombre. —Pero tú...

—Yo tendré el sexo que quiera con solo una llamada.

Ella apretó los labios y le arreó un tortazo sin darse cuenta. Cuando fue consciente de lo que había hecho se tapó la boca con la mano antes de que él muy tenso la cogiera por la nuca inclinando su cabeza hacia atrás. —Te queda mucho por aprender. Mucho. No hagas que pierda la paciencia. ¿Quieres ser mía o no? —le gritó a la cara.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la impotencia. —¿Siguiendo tus reglas?

—Exacto. ¡Mis reglas! ¡Mi forma de vida! ¡Eres libre para irte, pero si dices que no, ya no quiero verte nunca más! No quiero una histérica a mi alrededor. ¿Si o no, Sara? Es hora de decidir.

Una lágrima rodó por su mejilla sabiendo que solo había una respuesta, porque sin él le faltaría el aire. —Sí.

Calvin soltó su cabello y se quitó la bata de malos modos tirándola al

suelo antes de coger su abrigo y su chaqueta del armario. —Cierra con llave —ordenó sin mirarla antes de salir dando un portazo.

Sentada en aquella camilla se sintió muy sola y al darse cuenta de que estaba llorando, algo se removi6 dentro de ella aumentando su llanto, porque tenía la sensación de que aquello también iba a terminar en desastre y no era capaz de pararlo.

Al día siguiente Calvin se comportó de manera profesional mientras ella no había pegado ojo porque estaba segura de que había llamado a alguna de sus amigas. Iba a salir con la última paciente cuando él dijo —Cuando cierres, pásate por aquí antes de irte a casa, Sara.

Sin poder evitarlo el corazón saltó en su pecho impaciente por saber lo que quería decirle y cuando regresó sonrió sin darse cuenta. —¿Si, Calvin?

Él sacó una caja del cajón y ella vio que era una caja de píldoras anticonceptivas. Asintió cogiéndola y él se levantó quitándose la bata. — Quiero que empieces a tomarlas ahora mismo.

—Bien.

Él levantó una ceja y entendiendo fue hasta el grifo de la consulta y cogió un vasito de plástico tomando la pastilla delante de él. Calvin asintió

viéndola beber. —Siempre uso condón. Pero nos haremos unos análisis para asegurarnos de que todo va bien.

—Yo estoy bien —dijo sin pensar.

Él frunció el ceño. —¿Te has hecho análisis después de tu última relación?

Se sonrojó con fuerza porque eso había pasado hacía mucho tiempo. —Sí. Y todo está bien.

—Sácame sangre.

Calvin se sentó en la camilla mientras ella preparaba el tubo y la aguja. —De paso que me hagan un análisis completo.

—Sí, Calvin.

La observó mientras ponía la tira de plástico en su brazo y su otra mano fue a parar a su cabello quitándole el gancho de plata que usaba para sujetarlo. —Cuando no trabajemos quiero que lo tengas suelto.

Sonrió sin poder evitarlo. —Entendido.

—Y nada de ropa interior debajo de la bata, nena —dijo con voz ronca cogiéndola por la cintura para pegarla más a él.

La aguja se le fue y Calvin gritó mirándose el brazo que tenía la aguja clavada hasta el fondo. —¡Muy profesional!

Con los ojos como platos tiró de ella a toda prisa. —¡Lo siento! ¡No

me toques cuando estoy trabajando!

—¡Lo tendré en cuenta! ¿Crees que puedes sacarme sangre sin destrozarme la vena?

—Lo intentaré. —Cogió una gasa porque su brazo empezó a sangrar y apretó con ganas. Calvin gruñó sin soltar su cintura. Ella le miró a los ojos con la aguja en el aire.

—Estoy esperando y tengo algo de prisa.

Sara entrecerró los ojos antes de sonreír. —¿Has quedado?

—Eso no te importa.

Disimuló sus ganas de clavarle la aguja entre los ojos y cogió su brazo buscando su vena muy consciente de que aún tenía su mano en su cintura y que bajaba lentamente hasta su trasero. —Vuelve a fallar al clavar la aguja y estarás castigada otra semana, preciosa.

Intentando concentrarse casi grita del alivio cuando clavó la aguja a la primera. Viendo como entraba la sangre en el tubo sonrió y terminó su trabajo lo más rápido posible. Cerró el tubo y cogiendo un rotulador del bolsillo superior de la bata escribió la etiqueta antes de ponerlo sobre la peana para análisis, alargando el brazo todo lo posible para no separarse de él. Calvin la miró divertido y ella bajó la manga de su camisa hasta cerrarle el puño antes de mirarle a los ojos. Apretó la cacha de su trasero pegándola más a él y besó

su labio inferior. —Cámbiate, nos vamos a cenar.

Ilusionada chilló de la alegría abrazándole para besarle en un impulso y Calvin sonrió viéndola correr hacia la puerta antes de detenerse y decirle con los ojos como platos —He venido en vaqueros.

—Iremos a un sitio donde no llames la atención.

Quiso estar lo más atractiva posible y después de vestirse a toda prisa buscó un lápiz de labios en su bolso, pero debía haberlo sacado porque hacía mucho tiempo que no se maquillaba. Hizo una mueca cepillándose su melena hasta que brillara y como a él le gustaba se lo dejó suelto. Como a él le gustaba... Se miró al espejo mordiéndose el labio inferior, pero negó con la cabeza guardándolo todo.

—Nena, estoy muerto de hambre. Si no te das prisa, me voy sin ti.

—¡Ya voy!

Salió del vestuario y sonrió acercándose a él que ya tenía el abrigo puesto. Él frunció el ceño al ver su aspecto antes de decir —Nos vamos a una hamburguesería.

Se sonrojó ligeramente. —No esperaba...

La cogió por la barbilla levantándole el rostro. —No tienes que esperar nada. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Ahora sabes que esa ropa no me gusta. ¿Te la pondrás más?

Miles de pensamientos acudieron a su mente y la mayoría eran relacionados con que se revelara, pero había aceptado sus reglas y de esa manera habían avanzado, así que en lugar de gritarle que se pondría lo que le diera la gana susurró —No, Calvin.

Él cogió su mano. —Vamos.

Cogida de su mano salieron de la clínica y caminaron por la calle. Se sintió especial porque a su lado todo lo veía de distinta manera. Estaba increíblemente feliz e ilusionada. Le miró de reojo extrañada de que no cogieran un taxi y preguntó —¿A dónde vamos?

—A la hamburguesería del final de la calle.

Bueno, a ella le valía cualquier sitio. Iba a decir algo cuando ya habían llegado. El local estaba lleno y muy animado, así que él le dijo que buscara sitio sin preguntarle siquiera lo que quería. Encontró una mesa cerca de la ventana que daba a la calle y se sentó dejando su bolso a un lado. Miró hacia la cola y le vio hablando por teléfono. Le pareció extraño. ¿No estaría quedando con otra? No, ¿cómo iba a hacerle eso? Mira que era tonta. Sacó su móvil del bolso y lo encendió porque nunca lo tenía encendido en el trabajo. Eso lo había aprendido el primer día cuando la bruja le había escuchado un pitido de móvil en el bolsillo de la bata y la advirtió que en la consulta el único que podía tener el móvil encendido era Calvin.

Cuando metió la clave de acceso miró hacia la cola, pero Calvin estaba distraído leyendo los menús. Llegaron los avisos de las notificaciones como todos los días y vio que varios de sus amigos le habían enviado mensajes para una fiesta que había en el fin de semana. Los pasó de largo y frunció el ceño al ver las notificaciones de que tenía dos mails. Entró en el correo a toda prisa viendo a Calvin pedir y abrió su mail. Era de la compañía de teléfono avisando de que ya disponía de su factura. Se le cortó el aliento porque no tenía ningún mail más en esa dirección de correo y sintiendo un nudo en la boca del estómago llevó el pulgar al nombre de su otra cuenta. Allí estaba el mensaje sin leer y al ver la letra A tembló de arriba abajo abriéndolo a toda prisa. *“Ha salido hace siete días. Suerte”*. Perdió todo el color de la cara y el teléfono cayó de su mano metiéndose en el bolso.

—¿Ocurre algo?

Sorprendida miró a Calvin que estaba ante ella con una bandeja llena de comida. Forzó una sonrisa. —No, claro que no.

Frunció el ceño sentándose ante ella. —¿Te duele algo?

Muy nerviosa hizo una mueca. —La cabeza un poco, pero no es nada.

Mirándola fijamente asintió poniéndole delante el refresco que le había escogido. —Casi no has comido al mediodía. A ver cómo te sientes después de cenar.

Sonrió sin poder evitarlo porque se había dado cuenta que no había comido nada más que la mitad de su sándwich. —Seguro que es eso. — Decidió centrarse en él y preguntó —¿Qué me has pedido?

—Algo para que comas. Has adelgazado. —Lo dijo como si hubiera cometido un delito grave y reprimió una sonrisa viendo toda la comida que le puso delante.

Se echó a reír. —Calvin no voy a comerme todo esto.

—Claro que sí.

—¿Es una orden, amo? —preguntó sensualmente.

Él levantó una ceja. —Nena, no todo lo que digo son órdenes. Pero esto sí.

Se echó a reír sin poder evitarlo. —¿Y cómo las diferencio?

Sonriendo se acercó a ella. —Me conoces de sobra. No te hagas la tonta. ¿O quieres provocarme?

—¿Podría?

—Oh sí, preciosa. Lo has hecho durante un año. No entiendo cómo te has resistido tanto. Pero al final has entrado en razón. —Abrió su hamburguesa. —¿Cómo has podido estar más de un año sin sexo?

Una mujer tras él carraspeó y a Sara que estaba bebiendo su refresco de cola, se le fue por el otro lado al ver como Calvin miraba sobre su hombro

para encontrarse a una mujer que podría ser su madre fulminándole con la mirada. —¡Aquí hay niños!

—Si está sola —contestó él—. ¿Quiere unirse a la conversación? Parece muy interesada. ¿Hace cuánto que no folla?

Jadeó indignada cogiendo su bandeja y se levantó para sentarse lo más lejos posible de ellos. Calvin la miró asombrado. —Le ha ofendido la pregunta.

Se echó a reír a carcajadas y Calvin sonrió comiéndosela con los ojos. —Come, nena. Vas a necesitar las energías.

Abrió la tapa donde venía su hamburguesa y la cogió con ambas manos dándole un buen mordisco, pasándose la lengua por la comisura del labio para limpiar la mostaza que se le había salido mientras él no perdía detalle. —No me excitaba viendo a alguien comer una hamburguesa desde el instituto. Debe ser por tus pintas de adolescente.

—¿Fuiste muy malo en el instituto? —preguntó maliciosa cogiendo una patata.

—Hice lo que me dejaron, básicamente. Fue en la universidad donde todo cambió.

Le miró a los ojos. —¿No nacéis así?

—Sí, nena. Pero te reprimes porque eres demasiado joven y piensas

que hay algo que no está bien en ti.

Se le cortó el aliento. —¿A ti también te ha pasado?

—Sí, eso nos pasa a todos. —Hizo una mueca. —O a casi todos. A mí me afectó viniendo de una familia normal y corriente.

Asintió mordiendo una patata. —¿Cuándo te diste cuenta?

Hizo una mueca. —En el instituto disfruté mucho con cierto trasero, pero cuando la chica me miró escandalizada me di cuenta de que a ella eso no le iba. Una pena. Hubiera sido una sumisa de primera.

—¿No la doblegaste?

Él la miró fijamente con sus ojos grises. —Aún estaba algo verde.

Se le erizó el vello de la piel por lo que eso implicaba porque ahora no estaba verde en absoluto. —¿Cómo sabías que yo lo era?

—Fue evidente desde el principio, aunque te revelaste más de lo que creía, debo reconocerlo. —Él empezó a comer y pensando en lo que le había dicho, comió en silencio durante un rato mientras la observaba. —Nena, ¿qué pasa por esa cabecita tuya?

—Estaba pensando en este último año. ¿Creías que lo conseguirías?

—Sí. —Se le cortó el aliento por su seguridad. —Fue evidente cuando no te fuiste en cuanto tuviste la oportunidad. Ya dependías de mí. Solo tenía que esperar.

—¿Siempre vas a ser tan sincero?

—Siempre. —Se limpió con la servilleta tirándola encima del envase antes de apoyar los codos sobre la mesa. —Y cuando diga que se ha acabado, se habrá acabado.

Le dio un vuelco al estómago. —Cuando te canses de mí.

—Exacto. Así que si quieres continuar con tu trabajo, evita los dramas. Es una advertencia para el futuro. Porque ese futuro llegará.

Agachó la mirada para que no viera lo que le dolían sus palabras. Apenas se estaba haciendo ilusiones y ya le estaba diciendo que no tenían ningún futuro juntos. ¿Qué estaba haciendo al arriesgar sus sentimientos de esa manera?

—Termina la cena, nena. Te llevo a casa.

Ella dejó la hamburguesa sobre el envase a la mitad y susurró —No quiero más.

Calvin se tensó y entrecerró los ojos. —¿Estás segura de lo que haces?

Levantó la barbilla. —Se me ha quitado el apetito.

Chasqueó la lengua levantándose y cogiendo el abrigo. —Perfecto, Sara. Vamos.

Le extrañó que no discutiera y se levantó cogiendo su bolso. Él la cogió por la cintura para guiarla fuera de la hamburguesería y se acercó a la

acera levantando el brazo. El taxi se detuvo ante ellos y Calvin abrió la puerta para que pasara. Cuando se sentó, le hizo espacio quedándose con la boca abierta cuando cerró la puerta sin entrar en el taxi. La decepción la embargó y vio cómo se alejaba calle abajo.

—¿A dónde, señorita?

Estaba claro que tenía que haberse comido la hamburguesa. Suspiró antes de decir —A la calle Franklin.

Capítulo 3

Durante varios días dudó si el que había cambiado de opinión había sido él, porque no mostró interés por ella en ningún momento. Es más, en ese instante se estaba tomando uno de sus descansos. La recepcionista la miró de reojo. Intentando que se le pasara el disgusto, estaba colocando por orden los historiales de las próximas pacientes para estar preparada en cuanto la llamara, mientras disimulaba las ganas de llorar y de gritar que tenía dentro.

—¿Estás bien?

Forzó una sonrisa. —Claro que sí.

Se acercó a las mujeres que esperaban. —¿Señorita Hamilton? —Una mujer rubia la miró algo asustada y ella sonrió para que se calmara. —Puede pasar, le realizaremos una análisis de sangre.

Se levantó a toda prisa mostrando un vestido carísimo y caminó hacia ella mientras su amiga, una modelo reconocida que estaba embarazada, la esperaba allí sentada apartándose su larga melena negra del hombro para coger una revista. Le realizó la extracción de manera eficiente y sujetándose el algodón le dio las gracias antes de salir. Esa mujer era de las agradables.

Esperaba que no tuviera nada.

Al salir vio que había llegado otra amiga con unos impresionantes rizos castaños y con un bebé precioso que era para comérselo. Hablaron un rato, pero empezaron a inquietarse y supo que en breve le dirían algo. La señorita Hamilton preguntó —¿El doctor ha tenido una urgencia o algo?

—Lo siento, pero la paciente con la que está, es muy pesada —dijo dejando a Dana con la boca abierta.

Las mujeres murmuraron mirándola, pero a ella le importó un pito. Lo que sí le importó fue la zorra que pasó ante ella con una sonrisa en la boca. Gruñó cogiendo el expediente de la señorita Hamilton y yendo hacia el consultorio donde Calvin ya estaba sentado tras su mesa.

—¿Estás listo?

Él levantó una ceja irónico. De mala manera cogió los resultados del análisis que ya habían llegado y se los puso sobre la mesa antes de ir a buscar a la paciente. Sus amigas la acompañaron murmurando por lo bajo y Calvin las recibió de esa manera encantadora que mostraba a todas las féminas. Cómo se notaba que no le conocían. Se quedó a su lado como siempre mientras le decía a la paciente que estaba en estado. La mujer se había quedado pálida porque en realidad iba a un preoperatorio para un problema con un ovario. Sara que ya había oído de todo entre esas paredes no debía sentirse afectada,

pero al escuchar que su novio se lo iba a tomar fatal, sintió pena por ella porque parecía de lo más angustiada.

Le dio cita para diez días después y para repetir el análisis sintiéndose algo incómoda con la mirada de sus amigas, que parecía que querían decirle algo pero que no se atrevían. Y tenía la sensación de que no eran mujeres que se cortaran en soltar lo que se les pasaba por la cabeza por varios comentarios que había escuchado.

Sin darle importancia regresó a su trabajo y cuando llegó la hora de irse a casa se hizo la remolona colocando la consulta mientras él hablaba por teléfono con el hospital en el que también operaban. Haciendo que comprobaba que había bastantes preservativos, escuchó que cierta paciente había fallecido por un accidente de coche a una semana de que Calvin la operara de una ligadura de trompas. Le dio mucha pena porque era madre de tres niños. Mirando los preservativos entre sus dedos se preguntó si ella sería madre alguna vez. ¿Y si lo era, estaría sola el resto de su vida? ¿Y su hijo? ¿Y si a ella le pasaba algo? ¿Qué sería de él?

—Nena ven aquí.

Sorprendida le miró y le vio de pie ante el escritorio. Se acercó a él sin pensarlo y sin poder evitarlo le abrazó. Calvin suspiró abrazándola a él y acarició su espalda antes de que su mano bajara hasta su trasero, acariciando su nalga por encima de la ropa. Se apartó para mirarle a los ojos y su corazón

tembló en su pecho porque estos le decían que había llegado el momento. —
Quítate la bata.

Sin pensarlo siquiera dio un paso atrás y sin dejar de mirarle empezó a desabrocharse la bata mostrando su cuerpo desnudo debajo. La dejó caer al suelo y Calvin sonrió cogiéndola por la cintura para pegarla a él. —Bájame la bragueta, voy a follarte.

Sintiéndose más excitada que en toda su vida, llevó las manos a su cinturón y lo abrió lentamente notando su dureza bajo el pantalón. —¡Date prisa, joder!

Abrió el pantalón y la cremallera mostrando su calzoncillo blanco y lo bajó mientras sus pantalones caían al suelo. Al ver su sexo endurecido todo su cuerpo lloró por él y chilló cuando la cogió por el brazo tumbándola de cara a la mesa de cristal. Se sujetó con ambas manos intentando apartarse porque el cristal estaba frío, pero él la sujetó por el hombro entrando en su ser de un solo empujón. Gritó de la sorpresa con los ojos como platos y él se movió saliendo de ella para entrar con contundencia. —Estás muy estrecha —dijo como si fuera una tortura. El placer que la recorrió la hizo gemir cerrando los ojos e intentó sujetarse cuando la empaló de nuevo con una fuerza arrolladora. Ahí Sara dejó de pensar y lo único que pudo hacer fue disfrutar de lo que le hacía, pues fue acelerando el ritmo poco a poco mientras su vientre se tensaba con cada movimiento—. No te corras, nena —dijo antes de entrar de nuevo en

ella. Sara intentó evitarlo apretando su miembro con fuerza y le escuchó gemir tras ella antes de salir de su cuerpo y darle la vuelta para cogerla del cuello. Cuando atrapó su boca y la besó con ansias ella intentó abrazarle, pero él sujetó sus muñecas llevándoselas a la espalda antes de cogerla por la cintura sentándola sobre el escritorio. Entró de nuevo en ella antes de darse cuenta y movió sus caderas con fuerza haciendo que gritara en su boca. Calvin se apartó y sujetó su melena inclinando su cabeza hacia atrás sin darle tregua mientras la miraba a los ojos. Puede que fuera una locura, pero en ese momento se sintió especial porque supo que la necesitaba tanto como ella a él. Separó los labios gimiendo de placer y él la abrazó pegándola a su cuerpo sin dejar de torturarla. Le rodeó con sus piernas haciendo que llegara más adentro y gritó de necesidad antes de escuchar —Córrete, preciosa. Córrete conmigo. —La explosión de sensaciones en su cuerpo fue tan intensa que tembló entre sus brazos de manera incontrolada durante varios minutos mientras Calvin la besaba en el cuello. —Joder, Sara... Nunca había visto a alguien correrse de esa manera. —Se movió en su interior y ella tembló de nuevo haciéndole gruñir. —Al parecer vamos a tardar en irnos a casa.

Y así fue. Durante cuatro horas hicieron el amor por toda la consulta. Era incansable y Sara se dio cuenta que algo iba a tener que hacer si quería

seguirle el ritmo, porque cuando terminaron él parecía como si nada mientras ella no era capaz de levantarse del suelo que era donde estaba en ese momento. Calvin se vistió en silencio observándola y cuando se puso el traje, se agachó a su lado apartándole un mechón de la mejilla mientras ella gemía por el roce en su sien. Parecía divertido y ella sonrió. —Nena, ¿crees que te levantarás antes de que pase la de la limpieza en...? —Miró su reloj. — ¿Media hora?

—Lo intentaré.

Él besó sus labios. —Mañana vete a mi casa a las siete. Tienes las llaves de repuesto en el primer cajón del escritorio. —Le miró sorprendida. —Me gusta que me la chupen recién despertado y tú la chupas de miedo.

Sorprendida le vio salir y jadeó sentándose. Miró a un lado y a otro. ¿Hablaban en serio? Se levantó como pudo y fue hasta el escritorio abriendo el primer cajón. Pues no, allí estaban las llaves. No hablaba en broma. Miró el reloj haciendo una mueca. Puede que durmiera cuatro horas. Mañana iba a ser un día muy largo.

Y así empezó su rutina. Ella se levantaba, se preparaba sexy y sin ropa interior iba a despertarle. Después desayunaban juntos y se iban a trabajar.

Pero no más citas ni salir a comer. Algún día le hacía el amor en la consulta, sobre todo si estaba inquieto o preocupado, pero ahí quedaba todo. Se dijo que debía tener paciencia, que irían avanzando poco a poco, pero al ver que se tomaba uno de sus descansos con una de las supuestas pacientes empezó a desesperarse. Disimuló que no había pasado nada, aunque lo que quería era gritarle que era un cabrón, y continuó su vida como si no hubiera pasado nada.

Hasta tres meses después.

Calvin le dijo que suspendiera todas las citas porque tenían una paciente que había que ver con urgencia. No la sorprendió ver de nuevo por la consulta Leah Hamilton acompañada de un hombre impresionante que al parecer era su novio. Además le había visto alguna vez en el periódico y sabía que era un pez gordo. Brandon Wagner era un empresario de la industria energética y por su cara estaba muy preocupado por su mujer, como él la llamaba. Calvin la estaba revisando cuando se dio cuenta de que Brandon era igual que Calvin por su manera de tratarla, aunque en él había algo distinto. Dependía de Leah de alguna manera y se moría por saber qué le había dado esa mujer a ese hombre que ella no era capaz de darle a Calvin.

Cuando su jefe les dijo que iban a tener gemelos la alegría del señor

Wagner fue más que evidente. Pero pasados unos minutos Calvin añadió que preparara a la mujer para un preoperatorio a pesar de estar embarazada. Brandon pidió que les dejaran solos por el disgusto de la paciente, que era evidente que tenía miedo por los bebés. Calvin y ella salieron de la consulta y le dijo —Que le den una habitación vip. Brandon querrá lo mejor.

—Bien. —Se iba a alejar cuando preguntó —¿Sois amigos? —Él asintió preocupado y Sara dio un paso acercándose. —¿Temes por ella?

—Temo que algo salga mal, ya sabes que este trabajo puede ser imprevisible. —Sara asintió. —Pero es lo mejor para ella y lo voy a intentar.

—Si alguien puede hacerlo ese eres tú.

Él la miró a los ojos y asintió antes de alejarse, seguramente para hablar con el anestesista. Siempre quería tenerlo todo controlado. Ella vio salir a Brandon y sonrió. —¿Ya puedo pasar?

—Sí —respondió preocupado.

—Todo irá bien, ya verá. No se preocupe. No puede estar en mejores manos.

Él muy tenso asintió y Sara entró en el consultorio para llevar a su paciente a hacer las pruebas necesarias. Hablando con ella para relajarla mientras la llevaba a sacar sangre, le preguntó por sus amigas que habían ido a la consulta con ella. Leah le comentó que estaban muy bien y que le gustaría

que estuvieran allí, pero que no las llamaría para no preocuparlas. Cuando la dejó con el anestesista, se mordió el labio inferior pensando en ello al ver que Brandon sentado en la sala de espera con los codos apoyados en las rodillas se pasaba las manos por la cabeza despeinándose sin darse cuenta. Estaba de los nervios. Se preguntó si sus maridos eran amigos. Seguro que sí porque había mucha complicidad entre ellas. Se decidió viendo al pasar una foto de Glory Campbell en una de las revistas donde estaba anunciando un perfume de manera muy sexy. Llamó a una clienta que trabajaba en la industria de la moda y le preguntó si la conocía porque tenía que ponerse en contacto con ella. En diez minutos le había dado el nombre de su agencia y le habían dicho que como era una emergencia ella la llamaría para saber de qué se trataba. Entendía que no le dieran el número porque eso era privado y le dejó claro de donde llamaba para que supiera que tenía que ver con su amiga y esperó al lado del teléfono. No tardó en llamarla. Sara le explicó que iban a operar a Leah y que Brandon estaba allí solo. Sin responder colgó el teléfono llamando a un tal Rick a gritos y ella sonrió colgando el auricular.

La operación no pudo ir mejor y Calvin aliviado la miró antes de terminar del todo. —Vete a decirle que todo ha ido bien.

Salió del quirófano y como se esperaba sus amigos estaban allí. El alivio en su rostro fue la razón por la que había elegido esa profesión y se alegró muchísimo por ellos. Glory le agradeció que la hubiera llamado y

regresó a su trabajo diciendo que no era nada, pero ella la miró de una manera que la intrigó y esa intriga se resolvió al día siguiente.

Capítulo 4

Estaba saliendo del trabajo hecha polvo porque esa noche casi ni había dormido. Calvin había estado especialmente exigente casi sin dejarla respirar y era por la tensión que había soportado. No se quejaba, había sido una noche increíble que se moría por repetir. Pero a las siete de la mañana como siempre ella estaba despertándole y se había levantado una hora y media antes para prepararse, porque los vaqueros habían quedado descartados hacía meses. Salió de la clínica sobre sus tacones de quince centímetros y sacó distraída su móvil del bolso. Alguien la cogió del brazo y chilló asustada volviéndose para ver a Glory Campbell mirándola con el ceño fruncido. —Ah... —dijo con alivio—. Es usted.

—Perdona, estabas distraída y... —Miró al suelo. —Se te ha caído el móvil.

Se agachó a recogerlo. —No pasa nada. —Sonrió metiéndoselo en el bolso de nuevo. —¿Venía a ver a la señorita Hamilton? Ya no es hora de visitas.

—No. Venía a verte a ti. —Sonrió divertida por su cara de pasmo. —

Vamos a tomar algo, Sara. Keira nos espera en la hamburguesería del final de la calle.

—¿Keira? Ah, la otra amiga.

—Exacto. Keira Clarkson.

—Si esto es por haberla avisado, no hace falta, de verdad. Creía que le interesaría saberlo y...

—Vamos —dijo muy seria.

Confundida la vio alejarse y se quedó allí parada sin saber qué hacer. Tampoco podía dejarles mal ante Calvin, así que la siguió. Al entrar en la hamburguesería vio a Keira comiéndose unas patatas mientras Glory se sentaba ante ella. Se sonrojó un poco de la vergüenza. —Hola.

Keira sonrió limpiándose las manos con una servilleta antes de indicarle con la cabeza el asiento que estaba a su lado. —Siéntate Sara.

Menudo saludo. Se sentó y Keira sonrió mirándola fijamente. —¿Te acuestas ya con él?

—¿Perdón?

Glory se echó a reír. —Amiga, menudo tacto tienes.

—Como el tuyo más o menos. —Chasqueó la lengua mirando su reloj.

—David me va a matar.

—Sí, te va a matar a polvos. Vayamos al grano.

Sara no entendía nada y las miraba con los ojos como platos. Glory se acarició su enorme vientre y le guiñó un ojo. —Te estarás preguntando qué queremos.

—Se me ha pasado por la cabeza, la verdad.

—Voy a hacer una fiesta en mi club.

—¿Tu club? ¿Pero tú no eres modelo?

—Eso es agua pasada. —En ese momento pasó un autobús ante la hamburguesería con la cara de Glory bien grande en el costado. —Bueno, será agua pasada cuando acabe la campaña.

Keira soltó una risita. —A Rick se le pone una cara cada vez que te ve en un anuncio...

Sonrió radiante. —¿Por qué crees que he ampliado el contrato sin que él lo sepa? Me encanta ver como se tensa al verme en Times Square.

Se rieron y Sara las miraba como si estuvieran chifladas. Le daba que esas tías eran algo raras. —Si me disculpáis, me tengo que ir porque...

—Como te decía voy a hacer una fiesta y estás invitada.

—Oh, no es necesario.

—Sí que lo es. Eres la invitada de honor. O casi porque es Leah la invitada de honor, pero le vamos a dar una sorpresita.

Keira rió por lo bajo.

—Así que es una fiesta para ella —dijo mirando de reojo a Keira.

—No, la fiesta es también para ti.

—¿Para mí?

—Glory explícate de una vez porque David va a llegar a casa y cuando vea que no estoy, me va a tener atada a la cama una semana.

La miró con los ojos como platos. —¿A ti te ata?

—¿A ti no? —preguntaron las dos con recochineo.

Se puso como un tomate, pero como eran tan abiertas decidió no cortarse. —Solo lo hacemos en la consulta.

—Pues lo que te estás perdiendo, guapa —dijo Keira divertida antes de beber de su refresco.

Se mordió el labio inferior y se atrevió a preguntar —¿Vosotras dos sois como yo?

—No —respondieron las dos a la vez sin dudar sonrojándola aún más. Glory suspiró—. Me parece estar teniendo un déjà vu.

—Sí, opino lo mismo.

—Mira, voy a abreviar. —Miró a su alrededor y se acercó por encima de la mesa. —Esto es confidencial, ¿entiendes? Que si no te lo digo, luego Rick me pega unos gritos que hace temblar la casa. —Asintió muy atenta. —Somos dueños de un club de dominantes.

Dejó caer la mandíbula del asombro. ¡Y parecía tan normal! Bueno, normal no porque era bellísima, pero no tenía pinta de eso en absoluto. —¿Me estás vacilando?

Ambas se echaron a reír y Keira negó con la cabeza. —No. Es un club vip, por decirlo así. Gente de pasta que busca... lo que no encuentra en otros sitios.

—Y tu doctor es un miembro reciente.

—¿Cómo que reciente? —preguntó con la sorpresa en su rostro—. ¿Cuánto de reciente?

Glory hizo una mueca. —Firmó el contrato de confidencialidad y pagó la prima hace un mes más o menos. Rick y él han hecho buenas migas después de que les presentara Brandon hace un par de meses. Mi marido tiene ojo para los negocios y le enganchó enseguida. Además Brandon es miembro y como sabes se llevan muy bien.

—¡La madre que lo parió! —exclamó furiosa haciendo que varios de la hamburguesería les miraran.

—Shusss... —Keira se acercó a ella. —Cabreándote no vas a ir a ningún sitio. Te lo digo yo.

Con los ojos como platos pensó en lo que había ocurrido en los últimos meses. Sabía que no era suyo en exclusiva, ¿pero apuntarse a un club?

¿Qué había hecho mal? Su cara de angustia hizo que ellas la miraran con pena.

—No es culpa tuya —dijo Keira intentando animarla.

—Sí que lo es —replicó su amiga.

—¡Glory!

—¡Vamos, sabes que tengo razón! Está loca por él y lo sabe. Seguirá con su vida si ella se lo permite.

Keira hizo una mueca y Sara preguntó —¿Qué quieres decir?

Glory levantó una de sus cejas negras. —¿Te revelas? ¿Le provocas? ¿Te resistes de alguna manera?

—Durante un año lo intenté porque... —Negó con la cabeza. —Ahora no.

—Haces todo lo que él te dice sin rechistar, ¿verdad? Y esperas las migajas que él te da cuando le conviene. Eres una sumisa de manual, Sara. Vi tu cara cuando esa mujer salió de la consulta después de haberse llevado un polvo. Tú no eres feliz así.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y agachó los párpados haciéndolas suspirar. —Mira, una sumisa es feliz con lo que su amo le ofrece. Es feliz así, aunque le fastidie y se ponga celosa de no tener su atención, es feliz con la vida que lleva, ¿entiendes? ¿Tú eres feliz así?

Negó con la cabeza. —Quiero más. Le quiero.

—Pues estás yendo por el camino equivocado. Te lo digo yo que he visto de todo.

Miró a Glory a los ojos. —¿Por qué me ayudas?

—Porque cuando te vi aquel día en la consulta, me recordaste a...

—A mí.

Miró a Keira sorprendida. —Le recordaste a mí antes de que mi marido entrara en razón. Y no es que me conociera en ese momento. Solo me vio un instante en una fiesta, pero vio algo en mis ojos... —Sonrió divertida. —Sería la desesperación.

—¿Entrara en razón?

—Nuestra relación ha cambiado mucho. De hecho es totalmente distinta.

La miró esperanzada. —¿En qué sentido?

—Si me estás preguntando si se sigue acostando con otras, la respuesta es no. —A Sara se le cortó el aliento. —Y ahora siento que me ama. Que soy lo más importante para él. Su carácter no ha cambiado, claro... —En ese momento sonó el teléfono y Keira gimió. —Llamada de control.

Descolgó de inmediato. —¿Cariño? Voy enseguida, estoy con Glory. Dale de cenar a la niña. Ahora no puedo hablar.

Sin más colgó el teléfono y Sara la miró asombrada. —¿Le has

colgado!

Keira sonrió maliciosa. —Sí.

Glory se echó a reír a carcajadas. —Ya verás cuando llegues a casa.

Entonces Sara empezó a entender. —Le provocas.

—De eso se trata, guapa. Si eres una sumisa al uso, le vas a aburrir en cuanto se pase la novedad. Y se le está pasando Sara, porque se ha apuntado al club.

La miró desesperada. —¿Qué puedo hacer?

—Ya lo has visto. Provocarle. Hacer cosas mal de manera sutil o descarada si quieres sacarle de quicio —le dijo maliciosa—. Pero no de manera muy evidente. Lo que les vuelve locos es intentar domarte, ¿entiendes? Si lo consiguen, pasan a otra cosa y cuando quiera compartirte sabrás que ya no le interesas como al principio. Y por lo que Glory ha oído en el club tú estás a punto.

Se le cortó el aliento. —¿Compartirme?

—Te ha ofrecido a Rick sin saber por supuesto que mi marido solo comparte cama conmigo —dijo Glory algo mosqueada—. Pero como es nuevo se lo perdono.

Keira soltó una risita. —No se lo perdonas por eso también estamos aquí.

Sara se tensó. —¿Por eso quieres invitarme a la fiesta?

—¿Quieres retarle? ¿Quieres que se suba por las paredes y vengarte por pensar siquiera en que otro hombre te toque? ¿Quieres que su interés no decaiga hasta abandonarte?

—¡Sí!

—Pues serás el nuevo miembro del club Gold and Diamonds. Keira es el otro miembro femenino con acceso al club cuando quiera. Ninguna mujer sin amo, a no ser que sea una de las socias, tiene acceso. Excepto las que trabajan allí, claro. Ellas proporcionan placer a los clientes.

—Las putas.

—Tengo una que es catedrática, guapa.

El asombro de su cara fue evidente y Glory se acercó. —Son gente como tú y como yo que no tienen pareja, ¿entiendes? Sumisas en busca de amo y mientras tanto...

—Dios mío —susurró imaginándose así dentro de unos años.

—Por supuesto cobran del club, pero es porque tenemos que poner una tarifa fija para las que no trabajan fuera de allí.

—No quiero acabar así —dijo angustiada.

La miraron con pena. —Te ayudaremos. Pero lo más importante es que te reveles a sus deseos. Cuando te vea en el club como nuevo miembro van a

saltar fuegos artificiales, pero tú te haces la tonta, ¿entiendes?

—No.

Glory puso los ojos en blanco exasperada. —Keira explícaselo tú que tengo que ir al baño. Este niño me está dando unas patadas...

Se apretó las manos nerviosa porque se enfadaran con ella y Keira la miró con pena. —No nos vamos a ir.

—Lo siento, pero es que todo esto...

Keira sonrió. —Lo sé. A mí no me pilló tanto por sorpresa, pero para alguien que no ha nacido en una familia como la mía tiene que ser chocante.

—¿Tus padres son...?

Asintió divertida. —Y Glory lleva años en el club. Ya no se sorprende de nada. Supongo que es tu primera relación con un dominante.

La miró de reojo y negó con la cabeza. Keira se quedó de piedra. —¿Qué? Explícate, por favor.

—¿Se lo dirás a alguien? —preguntó avergonzada sin darse cuenta.

La miró fijamente con sus preciosos ojos verdes. —No saldrá de aquí.

Se lo explicó a toda prisa antes de que llegara Glory y Keira la miró de una manera que la puso nerviosa antes de cogerla por la muñeca. —Eso no es dominación, Sara. Eso es...

—¿Ya se lo has explicado? —Ambas miraron a Glory mientras se sentaba. —¿Lista para la fiesta y para darle una lección a Calvin?

—Glory, tenemos que olvidar esto —dijo Keira muy seria.

—Dijiste que no dirías nada —dijo asustada.

—Glory es de confianza. No se lo dirá a nadie. Esto no saldrá de aquí, te lo prometo.

Su amiga frunció el ceño. —¿Qué pasa?

—Sara es una mujer...

—¡No lo digas! —chilló cogiendo el bolso.

—No te vas a mover de aquí —ordenó Keira muy seria—. ¡Tienes una idea muy equivocada de lo que es tu hombre y ya va siendo hora de que alguien te abra los ojos!

—Chicas, nos están mirando —dijo Glory sin darle importancia en realidad—. ¿Alguien va a explicarme lo que pasa?

—Sara tuvo un novio en la facultad. No la trató precisamente bien.

Glory se tensó enderezando la espalda. —¿Es lo que me imagino?

—Acaba de salir de prisión. Con eso te lo digo todo.

Avergonzada agachó la mirada. —¡Levanta la barbilla! —siseó Glory furiosa—. Nunca dejes que nadie te hunda, ¿me has entendido? Tú buscabas

otra cosa y te encontraste un cabrón. No tienes por qué avergonzarte. —Se quedaron en silencio unos minutos y Glory alargó la mano cogiendo la suya. —Sé lo que estás pasando.

La miró sorprendida. —Tú...

—De niña, mi padrastro. Le pegué cuatro puñaladas y me metieron en el reformatorio. Así que ni se te ocurra avergonzarte de esto. No es culpa tuya. Ese tipo es un cabrón.

—¿Calvin lo sabe? —preguntó Keira preocupada.

Negó con la cabeza. —No, y no quiero que lo sepa.

—Te echas la culpa por tus tendencias, pero no eres responsable. Te lo juro. —Le acarició la espalda y ambas vieron cómo se negaba a llorar. —Y Calvin no es así. Nuestros maridos no son así. Ese tío era un salvaje que merece estar bajo tierra. Mi David me quiere, jamás me pegaría hasta desmayarme porque me he puesto una minifalda. Puede que se cabree y me dé un par de azotes, pero lo hará para mi placer, ¿entiendes? Esa es la diferencia. Jamás con el afán de hacerme daño. ¿No has sentido eso con Calvin? —Asintió sorbiendo por la nariz. —Pues esa es la diferencia, que en el momento que tú dices no, es que no. ¿Acaso no respetó tus deseos un año?

—Lo siento.

—Es lógico que estés confundida —dijo Glory preocupada—. Lo

mejor es suspender esto. Conozco un psicólogo que es miembro del club que te...

—No. —Levantó la barbilla. —No quiero perderle. Y no diréis nada. Lo habéis prometido.

Glory miró a Keira que apretó los labios preocupada. —Sería lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es no perder a Calvin. ¿No voy a perderle? ¿Acaso me habéis mentido y sigue teniendo interés en mí?

—No, no puedo decirte eso.

—Pues quiero ir a ese club.

Capítulo 5

Una semana después esperando tras el escenario estaba a punto de vomitar. Se llevó la mano al vientre respirando lo que le permitía el corsé que Glory le había dicho que se pusiera. Gimió mirando las medias a medio muslo. Parecía una cabaretera con los pechos a punto de desbordarse y aquellas alas negras que tenía colgadas a la espalda. Glory se acercó a ella y sonrió. —¿Lista?

—Voy a potar.

Se echó a reír. —¿Qué le has dicho?

—Que mi prima había venido a la ciudad. No hizo falta decirle nada más porque casi salió corriendo.

Su nueva amiga se echó a reír. —Claro, había fiesta. —Le guiñó un ojo. —Y mis fiestas no se las pierde nadie.

Sus dientes rechinaron de la rabia. —Pues espero que le impresione el espectáculo.

—Eso es, chica. Dale caña.

Glory se sujetó el bajo del vestido y subió los escalones cogiendo el

micro. Se cerraron las cortinas y escuchó sus palabras de presentación. Al parecer hubo una pequeña trifulca con Leah, pero pasó enseguida y antes de darse cuenta estaba diciendo su nombre.

—La madre que lo parió. Lo que hago por este hombre.

Subió los escalones y sonrió a la audiencia que no veía del todo por los focos mientras la aplaudían. Cuando su mirada se acostumbró, puso una mano en la cintura disimulando que miraba a su alrededor buscando a Calvin.

—A tu izquierda —susurró Glory antes de continuar diciendo —Como sabéis, la nueva socia tiene derecho a elegir un hombre para pasar la noche.

Sus ojos encontraron a Calvin y su corazón se retorció al ver como rodeado de mujeres la miraba fijamente como si quisiera matarla. Mirándole a los ojos elevó la barbilla sin perder la sonrisa y levantó el micro acercándose a los labios. —No sé, Glory. ¿Debo elegir yo? —Volvió a mirar a Calvin, pero al contrario que todos los hombres que tenía debajo reclamándola, él no movió un gesto. Miró a aquellos tipos sin saber qué hacer. Todas habían esperado que él hiciera ejercer sus derechos y Glory la animó con la mirada. Era evidente que tenía que elegir a otro y eso le revolvió las tripas.

—¡Elígeme a mí! —gritó Leah sorprendiéndola.

Antes de darse cuenta Glory le había dicho que se acercara y con el

corazón a mil vio cómo se ponía a su lado. —¿Qué haces?

—Salvarte el culo. ¿Crees que te perdonaría que te acostaras con uno de sus nuevos amigos? —Fulminó con la mirada a Glory. —Lo has hecho a propósito.

¿Lo había hecho a propósito? No entendía nada. Glory rió por lo bajo. —Bienvenida al club. —Le guiñó un ojo antes de continuar —Ummm Sara, es preciosa. ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres hacerte un trío? ¿O te quedas sólo con Leah?

Sara no tenía ni idea de qué hacer, pero por lo visto tenía que ser algo escandaloso para convencer a todos de por qué elegía a Leah, ya que era evidente que Calvin no movería un dedo por ella. —No sé. Déjame ver...

Llevó una de sus manos hasta el tirante de terciopelo de su vestido y rezó porque su nueva amiga le siguiera el rollo, porque si no iba a hacer mucho el ridículo. Viendo la cara de deseo de los hombres, se agachó y lamió el pezón de Sara que dio un respingo de la sorpresa mientras Glory seguía hablando a la audiencia, pero ella no escuchó palabra porque su corazón latía tan fuerte que no podía escuchar otra cosa. Dios mío, aquello se le había ido totalmente de las manos. —Me quedo con ella.

Antes de darse cuenta habían bajado del escenario entre aplausos y estaba fuera del bar del club. Leah la enfrentó en cuanto se cerró la puerta. —

¿Estás loca?

—¡Glory me dijo que era buena idea!

—¡Y una leche! ¡En cuanto te acostaras con otro, te desecharía! ¡Lo hizo para que yo hiciera algo!

Rick pasó a su lado riéndose. —Pardillas.

Le miró asombrada. ¿Había sido una broma? Fue en ese momento cuando recordó que Keira le había dicho que iban a hacer una fiesta para que Leah se diera cuenta de cómo era realmente la vida de su prometido. ¡Ella solo había sido otro entretenimiento! Rabiosa miró a Rick. —¡Tu mujer me las va a pagar!

Riendo fue hasta el ascensor. —Brandon está que echa humo. Te va a tener atada a la cama una semana.

Sara la miró arrepentida porque seguro que el numerito no le había sentado demasiado bien a su hombre. —Lo siento.

—Ya verás en la consulta. ¡Has transgredido las reglas!

En ese momento Brandon salió furioso y antes de darse cuenta se había llevado a Leah con una mirada que no presagiaba nada bueno para ella. Allí sola en el hall se preguntó qué hacía ahora. ¿Había transgredido las reglas? ¿Qué reglas? Cada vez entendía menos. ¡Ellas le habían dicho que reglas debía seguir!

Se abrió la puerta sobresaltándola y Keira salió cogiéndola de la muñeca. —¡Vamos, vamos! ¡Corre, que viene!

Sin saber quién venía la siguió y la metió en un cuarto que decía limpieza sin cerrar la puerta del todo. Como su nueva amiga, por llamarla algo, miraba por la rendija ella hizo lo mismo. Se le cortó el aliento al ver a Calvin cerrar de un portazo mirando a un hombre rubio algo más bajo, pero que tenía unos músculos impresionantes debajo del traje a medida que llevaba.

—¿Dónde está Rick? —preguntó Calvin fuera de sí—. ¡Quiero hablar con él!

—Está en el ático. No se puede pasar —dijo el hombre sin alterar el gesto.

—Ese es Clay —susurró Keira agachada mirando por la rendija mientras ella miraba por encima—. Es la mano derecha de Rick.

A ella le daba lo mismo porque no podía dejar de mirar a Calvin que parecía a punto de pegar al tipo y nunca le había visto así. Aunque el tipo rubio que tenía delante no parecía intimidado en absoluto. Más bien divertido. Y no le extrañaba nada porque parecía el tipo de hombre que estaba acostumbrado a resolver problemas.

—Dile que baje. ¡Quiero hablar con él!

—Eso no puede ser, señor Mayors. Si tiene alguna queja, me la puede

decir a mí.

—¡A ti no voy a decirte una mierda! ¡Quiero saber qué hace aquí mi mujer y me lo va a decir Rick!

Se le cortó el aliento. ¡La había llamado su mujer! Casi chillaba de la alegría. —Los problemas que tenga usted con su mujer no son incumbencia del club. Y que yo sepa usted no está casado. No hay ninguna señora Mayors aquí. ¿O me equivoco?

—Qué listo es —susurró Keira.

Calvin entrecerró los ojos. —Hay normas.

—Cierto. Unas normas muy precisas. No se puede tocar a hijas, esposas, nietas sin consentimiento... pero nada de amantes no reconocidas o empleadas. La señorita Mathews es muy libre de ser miembro del club si le place. Usted no la ha reclamado.

—¿Dónde está? —gritó perdiendo los nervios.

—En una de las habitaciones —dijo Clay sonriendo—. Y supongo que se estará divirtiendo que para eso ha venido.

Calvin se dirigió hacia las escaleras pero Clay le sujetó del brazo. —Usted no está invitado.

—¡Suéltame, joder!

Clay divertido carraspeó y Calvin antes de darse cuenta estaba

rodeado de tres gorilas. Asustada intentó abrir y Keira le dio un codazo en el vientre quitándole el aliento. —¡Tú no te mueves de aquí!

—¿Estás loca?

Keira le tapó la boca antes de mirar de nuevo por la rendija. Los gorilas se estaban llevando a Calvin a rastras y Sara gimió intentando apartar a Keira que se lo impidió con todas sus fuerzas. —Si te vas con él, le perderás antes de un año.

Sara la miró a los ojos y su amiga al ver que se calmaba apartó la mano sonriendo. —Ha ido genial. Te lo aseguro.

—¿Tú crees?

—Mañana en esa consulta van a saltar fuegos artificiales. Te aconsejo que te pongas tapones en los oídos.

—¿Qué tengo que hacer?

La puerta se abrió sorprendiéndolas y allí estaba Glory con una sonrisa irónica en los labios. —Tú...

—Vamos, no me lo tomes en cuenta. Necesitábamos que Leah se soltara un poco y como te aprecia...

—Serás manipuladora.

—Pues ha salido todo de perlas. Menos mal que no te precipitaste en elegir a otro porque si no hubiera sido un desastre.

Keira soltó una risita.

—¿Tú lo sabías?

—Creía que no iba a funcionar. —Frunció el ceño. —Pero es muy lista.

—Es que conozco demasiado bien la naturaleza humana. Y ahora voy a ver a mi marido que seguro que me espera en la cama. —Le guiñó un ojo. — Gracias a ti.

La miró asombrada. —¡Está loca!

—Bueno, ha funcionado.

Hizo una mueca porque no lo podía negar. —¿Y ahora?

—Ahora lo que hemos hablado hasta la saciedad. Una de cal y otra de arena. A ver cuánto tarda en ponerte el anillo en el dedo.

Muy nerviosa entró en la consulta y se preguntó si se habría despertado porque como era lógico no iba a ir a despertarle ella. Dejó el bolso en la taquilla y escuchó un portazo que la sobresaltó. Gimiendo se volvió para ver a Calvin con el mismo traje de la noche anterior y con pinta de no haber pegado ojo.

—Buenos días —dijo sonriendo como una loca.

—¿Buenos días? —Dio un paso hacia ella amenazante. —¿Buenos días? —gritó sobresaltándola.

Sorprendida le miró porque no sentía ningún temor a pesar de que nunca le había hablado así y sin poder evitarlo sus ojos brillaron de la alegría. Él la señaló con el dedo. —¿Qué te crees que estás haciendo?

—¿Yo? Nada. Venir a trabajar.

—¡Me refiero ayer! —le gritó a la cara.

—¿Hablas del club?

—Mira nena, estoy a esto de perder los nervios. Y no me pasa mucho.

—¿No? —Parpadeó sorprendida al ver que le temblaba la mejilla cuando normalmente tenía nervios de acero. Su corazón saltó de la alegría y disimuló lo que pudo. —Calvin, ¿te encuentras bien?

—¡Creo que no has entendido las reglas!

—Tus reglas.

—¡Exacto! —La miró mosqueado. —Han sido ellas, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—¡Ellas te han invitado!

—Sí, claro —dijo sinceramente—. Glory es la dueña del club. Le caigo bien y me sugirió...

—¿Qué?

—Pues que allí igual encuentro lo que busco.

—¡Ah, pero buscas algo! ¡Creía que conmigo tenías suficiente!

Menuda cara tenía. —Pues no.

Eso sí que le dejó helado. —¿Qué has dicho?

—Yo quiero un amo que me aprecie. —Levantó la barbilla con orgullo. —Que me cuide como Rick a Glory. O David a Keira.

—¡No me voy a casar contigo! —Furioso se volvió pasándose la mano por sus rizos rubios antes de fulminarla con la mirada. —Todo es una trampa para que me case contigo, ¿no? ¡Por eso elegiste a Leah!

Decidió mentir y descaradamente. —¡No quiero que te cases conmigo! Es que nunca había estado con una mujer. Me apetecía.

Calvin no salía de su asombro. —¡Te apetecía! ¡Pues habérmelo dicho!

—No. Porque no quería que estuvieras tú.

—Vamos a ver, nena... Que parece que estás perdiendo el norte. ¿Ahora eres lesbiana?

—No. No me gusta. —Eso pareció aliviarle y supo que había metido la pata. —Bueno, no me gustó todo.

—La madre que me... ¿Y se puede saber qué te gustó exactamente?

—Besarla fue agradable. No tanto como besarte a ti, pero repetiría.

—Repetirías...

—Sí.

—¡Pues no repetirás! —La cogió por el brazo empujándola a las taquillas y pegado a ella susurró —No vas a volver al club. Te lo prohíbo.

—Y yo te prohíbo que te acuestes con otras.

—¡No eres quién para prohibirme nada!

—¿Ves? No lo entiendes. —Tomó aire como si fuera un caso perdido.

—Tendré que buscarme a otro.

—Entérate bien. ¡Como dejes que te toque otro hombre, ya podéis huir!

Ella pareció pensarlo. —Crees que tú puedes acostarte con quien quieras, pero yo no.

Gruñó pegándose más a ella. —¿Quieres esto? ¿O quieres que lo dejemos?

Ahí llegaba el ultimátum y le miró a los ojos. —Yo te quiero.

—Pues si me quieres acéptame como soy, nena... porque si no vamos a acabar muy mal. —Atrapó sus labios intentando demostrarle que era suya y Sara se entregó para demostrarle que lo era. Cuando separó sus labios parecía más tranquilo, pero aun así siseó —Estás castigada.

—¿Por qué? —preguntó indignada.

—¿Por mentirme! ¡Y por ir al club! —Fue hasta la puerta.

—¿Yo qué sabía que estabas allí!

Eso le detuvo en seco y se volvió lentamente. —¿Qué has dicho?

Se hizo la tonta. —¿Qué?

—¿No sabías que era socio? —gritó a los cuatro vientos fuera de sí.

—Bueno... no me dijiste nada.

—¿No tengo que decirte nada!

—¿Entonces cómo iba a saberlo?

Él la miró con desconfianza. —Cuando pille a Rick... —Salió del vestuario pegando un portazo y Sara sonrió satisfecha. Qué bien le había salido. ¡Qué bien!

Capítulo 6

Durante el resto del día estuvo que se lo llevaban los demonios. De hecho hasta gritó a una paciente que le dijo que si podían retocarle los pechos mientras le hacían una ligadura de trompas para aprovechar la anestesia. Se puso hecho una furia y la mujer salió de allí horrorizada. Esa no volvía y no le extrañaba nada.

En cuanto se fue la última paciente le dijo muy serio —Cámbiate. Nos vamos.

Decidió seguirle la corriente y fue hasta el vestuario sin protestar y se puso su ropa. Una falda negra y un ligero jersey rosa. Se puso sus tacones después de cepillarse el cabello y se repasó el maquillaje que ahora se ponía todos los días. Sonrió satisfecha al ver su reflejo en el espejo y cuando iba a volverse vio que Calvin entraba con la chaqueta del traje puesta y listo para irse. Se acercó a su espalda y la cogió por las caderas antes de besarla en la sien. Suspiró de placer. —¿No estaba castigada?

—Y lo estás —respondió apartando su cabello y besándola en el cuello—. Vamos, nena... estoy cansado.

Eso era evidente, por eso no entendía para qué la quería esa noche. La sorprendió un poco que la llevara a su apartamento y cuando entraron él dijo —Pide algo para cenar mientras me ducho.

Se quitó la chaqueta alejándose y ella frunció el ceño. Así que la cena... Sonriendo maliciosa cogió el móvil y llamó a un japonés. Porque sabía que le gustaba. Como decían las chicas una de cal y otra de arena. Pues ahora tocaba portarse bien. Se quitó los tacones y se desabrochó la falda dejándola caer al suelo. Se quitó el jersey tirándolo al lado y desnuda caminó hasta el dormitorio de Calvin al final del pasillo. Escuchó el agua correr y al pasar por el vestidor vio su traje tirado en el suelo. Lo ignoró para entrar en el baño empujando la puerta suavemente y la imagen de Calvin en la ducha la hizo suspirar. Ver sus duras nalgas llenas de espuma resbalando hasta sus muslos la excitó de una manera increíble.

—¿Quieres que te frote la espalda? —preguntó sin cortarse. Estaba claro que hasta ese momento había sido la tonta de su relación y aquello se había acabado.

La miró por encima del hombro y apretó los labios molesto. —Nena, ¿te he dicho que te desnudaras?

Caminó hasta el lavabo y apoyó la cadera en el frío mármol gris cogiendo una toalla. —Es que sé que te gusta que esté desnuda. Quiero complacerte.

—Estás castigada, ¿recuerdas?

—No haces más que decírmelo, así que es imposible olvidarlo. —
Hizo un mohín viéndole cerrar el agua. —Sobre eso no habíamos hablado, así
que no sé si es justo el castigo.

Él salió de la ducha acercándose a ella y no pudo evitar comérselo con
los ojos. El agua que caía por sus pectorales, mojando el ligero vello rubio
que los recorría, la estaba volviendo loca.

—¿No lo habíamos hablado? ¿Acaso no te he dicho ya que no puede
tocarte otro hombre mientras estés conmigo? —La miró a los ojos y a Sara se
le cortó el aliento porque la deseaba. Menuda fuerza de voluntad tenía. —¿No
contestas, nena? ¿No lo habíamos hablado ya?

—No me tocó otro hombre.

—¿Pero buscabas a otro! —le gritó a la cara antes de arrebatarse la
toalla y salir del baño secándose.

Se quedó con la boca abierta. ¡Estaba celoso! Se sintió como si le
hubiera tocado la lotería y le siguió sin poder evitarlo. Decidió que era mejor
insistir porque estaba claro que si no la había echado ya, no la echaría. —
Cariño, no te pongas así.

—¿Que no me ponga así? —Se volvió secándose el cabello. —Nena,
no me provoques y tengamos la fiesta en paz —dijo muy tenso.

Fue hasta la enorme cama y a gatas caminó hasta las almohadas sentándose para doblar la pierna de manera sensual. —Estoy arrepentida. ¿No me perdonas? —Apartó un mechón de pelo mostrando su pecho y le guiñó un ojo. —¿Por qué no vienes aquí y me das unos azotes? —Se volvió mostrando su trasero mientras abrazaba la almohada sin dejar de mirarle. —Asumiré cualquier castigo.

Él se la quedó mirando de una manera que le puso los pelos de punta porque no presagiaba nada bueno. Igual tenía que haber cerrado la boca. Cuando Calvin sonrió de manera diabólica sí que fue para ponerse a temblar, pero ella dobló la rodilla levantando la pierna sin dejar de abrazar la almohada. —¿Sabes, nena? Has conseguido sorprenderme.

—¿De verdad? —Sonrió sin darse cuenta. —¿Qué he hecho?

—Te conozco muy bien. Y crees que esas nuevas amigas son la leche. Seguramente habéis hablado mucho como para que Glory te haya hecho socia. —Sara perdió la sonrisa poco a poco temiéndose lo peor. —Y también sabes que sus maridos las castigan con sexo, torturándolas poco a poco evitando que se liberen. Suele ser lo que hacen los dominantes. ¿No es cierto? —Se sonrojó sin poder evitarlo. —Eso no va a pasar en nuestro caso, nena. ¿Desde que me conoces ha ocurrido alguna vez?

Pues ahora que lo pensaba no. Era todo lo contrario. La castigaba con su indiferencia. Pero estaba allí. La había llevado a su apartamento, así que

algo había hecho bien. Calvin se sentó a su lado y acarició su espalda hasta su trasero estremeciéndola. —Si quieres que te toque, tienes que servirme como yo quiero. Ese es tu cometido. Si no lo haces, conseguirás cabrearme y cuando me cabreo... ¡Nena no te voy a premiar con sexo cuando me cabreas! ¡Qué se te meta en la cabeza!

Se mordió el labio inferior viendo cómo se alejaba de ella y cogía un albornoz del vestidor poniéndoselo con mala leche. —¡Esta noche no cenas! —dijo saliendo de la habitación con el portazo de rigor.

Jadeó sentándose en la cama y frunció el ceño. ¡No tenía nada que ver con las reacciones de los maridos de sus amigas! ¿Por qué le tocaba a ella el dominante raro? Es que tenía una suerte... Pensó en llamar a Glory o a Keira, pero tenía el teléfono en el bolso y no se sabía sus números de memoria. Si salía... ¿se cabrearía más? Ya tenía una semana de castigo y el muy cabrito podía buscarse a otra para divertirse mientras tanto. Eso la cabreó mucho porque la ataba de pies y manos. Era muy listo. Claro, los maridos de sus amigas no tenían relaciones con otras y los castigos a ellos también les venían fenomenal, pero en su caso Calvin tenía muchas opciones y ahora con el club muchas más. Gimió porque no tenía más salida que portarse bien. Necesitaba consejo. Saltó de la cama para ir a buscar su bolso disimuladamente. No le había prohibido salir de la habitación. Caminó por el pasillo y le vio mirando su móvil moviendo el pulgar sobre la pantalla. Él levantó la vista y preguntó

—Nena, ¿qué significa esto de ya ha salido?

Se le cortó el aliento al ver que era su móvil. —¿Cómo lo has desbloqueado?

—Te he visto hacerlo mil veces. ¿Quién es A? ¿Y por qué te desea suerte? ¿Suerte en qué?

—¡No tienes ningún derecho! —gritó indignada intentando arrebátárselo.

Calvin se levantó quitándolo de su alcance. —Estoy esperando una respuesta, Sara.

—¡Eso es privado!

—¿Privado? —siseó cogiéndola por la nuca para acercarla a su rostro —. Estás empezando a cabrearme de veras.

—¡Dame el teléfono!

—¿Quién es? ¿Es un tío?

—¡No es de tu incumbencia! —gritó poniéndose muy nerviosa porque exigiera explicaciones.

Calvin se tensó aún más. —¿Ah, no? Vístete y sal de mi casa.

Se le cortó el aliento porque por su mirada parecía algo definitivo. —
¿Qué dices?

—Te lo advertí. Mis reglas, Sara. ¡No sé qué tonterías te habrán metido en la cabeza tus amigas, pero esta relación será como yo quiera! —le gritó a la cara—. ¿O me dices quién es A o esto se acaba aquí?

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la impotencia. —No es justo. Tú no me ofreces nada. ¿Qué gano yo en todo esto?

Calvin sonrió irónico. —¿Todavía no te has dado cuenta? Estar conmigo.

—¡Cuando tú quieras y como tú quieras! —gritó furiosa.

—¡Exacto!

Una lágrima corrió por su mejilla mirando esos ojos grises que le decían claramente que no cambiaría de opinión. No le importaban nada sus sentimientos y por mucho que lo intentara sería como darse de cabezazos contra una pared. —Suéltame.

Calvin se tensó. —Si te vas, ésta será la última vez. No habrá vuelta atrás.

—Suéltame, Calvin.

Él apretó las mandíbulas antes de soltar su cuello y Sara a toda prisa se agachó para recoger su ropa del suelo. Ni supo cómo se vistió porque ni veía por las lágrimas que salían de sus ojos. Después de ponerse los zapatos, se volvió y le arrebató el teléfono de la mano antes de coger el bolso. —Iré a

buscar la liquidación el lunes cuando estés operando en el hospital —dijo sin mirarle antes de ir hacia la puerta a toda prisa.

—Nos iba bien antes de que entablaras amistad con ellas.

—Te iba bien a ti. Yo me he dado cuenta de que lo que tenía contigo era una mierda. Sexo sin nada más que ofrecer puedo encontrarlo en el club.

—Salió dando un portazo y limpiándose las lágrimas fue hasta el ascensor. Estaba claro que aquello no era lo suyo porque siempre lo hacía todo al revés. Era hora de vivir su vida y olvidarse de los hombres porque siempre terminaba herida de una manera u otra.

Rick, Brandon y David le miraban como si fuera gilipollas. —¿Qué?

—Bebió de su whisky acabándoselo y dejó el vaso sobre la mesa. —No pasa nada.

—¿No pasa nada? —preguntó Rick sin salir de su asombro—. ¿Acaso eres imbécil?

—Lo que no entiendo es cómo has tenido antes sumisas, tío —dijo David intrigado—. ¿De veras las castigas sin sexo? Debes ser la hostia en la cama para que hagan cualquier cosa para seguir acostándose contigo.

—Es una técnica que no está mal del todo —dijo Brandon pensativo

antes de sonreír—. Aunque no cambio la mía por nada.

—A mí hasta ahora me ha funcionado. —Calvin molesto pidió otro whisky. —Que sea doble.

—Sí, ya vemos cómo te funciona —dijo Rick a punto de reírse—. Ha salido corriendo. Y no me extraña nada.

—¿No hubiera pasado nada si vuestras mujeres no se hubieran metido!
¡Estaba contenta antes de lo del club!

—¿Contenta? —David rió por lo bajo. —Te mentía porque te quiere, Calvin.

Le fulminó con la mirada. —¿Y tú qué sabrás?

—¿Cómo iba a estar contenta cuando a ella que era tu sumisa la castigabas sin sexo y la ignorabas, cuando a tías que casi ni conoces te las follabas en la consulta a unos metros? ¿A esas sí las recompensabas? ¿Por qué? ¿O estabas castigándola aún más? —Calvin apretó los labios. —Eso es incomprensible. Simplemente disimulaba porque te quiere y quiere estar contigo. Eso era todo lo que le ofrecías y para ella era mejor que nada. Pero ha comparado, por supuesto. ¿O creías que no conocería a otras como ella jamás?

—Vuestras mujeres no son ejemplo de nada.

—Tienes razón. No son sumisas al uso —dijo Brandon—. Pero tu

mujer tampoco lo es.

Calvin entrecerró los ojos al ver como los demás miraban a Brandon como si hubiera metido la pata.

—¿Qué coño pasa aquí?

Rick suspiró mirándole fijamente con sus ojos negros. —Ahora ya no importa.

—¡Claro que importa! ¿Acaso ha tenido una relación con alguien que conocéis y yo no lo sé?

—Joder, no la conoces en absoluto —dijo David impresionado poniendo los codos sobre las rodillas para adelantarse—. ¿Cuánto has hablado con ella?

Apretó los labios. —Esta conversación no tiene ningún sentido. ¡La conozco muy bien!

—¿Seguro? Me da la sensación de que no la conoces en absoluto. Si ni siquiera sabes si fue sumisa antes de conocerte por la pregunta que acabas de hacer. Eso se sabe enseguida.

—No la ha tenido —dijo muy tenso—. ¡Pero me habéis hecho dudar con lo que ha dicho Brandon de la sumisa al uso y todavía estoy esperando una explicación!

El aludido chasqueó la lengua. —Tíos, creo que deberíamos de dejar

de hablar de esto. Si ella no se lo ha contado, es que no confía en él.

Calvin se quedó de piedra. —¿Pero de qué coño estás hablando? Confiaba en mí antes de que vuestras mujeres metieran la nariz donde nadie las llamaba.

Rick asintió levantándose de la butaca y abrochándose la chaqueta del traje. —Y me alegro de que lo hayan hecho, porque no tienes ni idea del daño que puedes hacerle a esa mujer. Es una pena que haya terminado con un dominante como tú. Ella necesita otra cosa.

—¿Qué cosa? —gritó levantándose.

—Alguien que también le dé cariño —dijo David sorprendiéndole. Éste hizo una mueca—. No soy quien para dar consejos después de cómo traté a mi mujer antes de casarme y reconozco que soy el hombre menos romántico y cariñoso de la tierra, pero mi mujer se siente querida. Si no les das nada... ¿para qué estar contigo?

—¡Yo no quiero casarme!

—No quieres casarte, no quieres darle cariño ni sexo por lo que veo...

—Brandon frunció el ceño. —¿Para qué coño quieres una sumisa? Fóllate a todas las que quieras y ya está.

Calvin apretó los labios y Brandon sonrió. —Ya veo. Los celos te consumen.

—No es cierto.

—No soportas la idea de que esté con otro. La quieres a tu lado sin que te exija nada y le dabas esos ultimatus para que sintiera pánico a perderte. Tú vives tu vida mientras ella está ahí pendiente de tus posibles atenciones. Y no te juzgo porque yo antes era así. —Los demás asintieron. — Pero lo era con mujeres que me importaban bien poco que se largaran para continuar con su vida. Si quieres que se quede, tú también tienes que demostrarle algo. Al menos que te importa.

—¡Me importa!

—¿Y cómo se lo has demostrado? —preguntó Rick—. Y Brandon estás equivocado. Me la ofreció a mí. Le importa una mierda.

Calvin se tensó y Brandon también se levantó. —El equivocado eres tú, amigo. Vi cómo se arrepentía en cuanto esas palabras salieron de su boca. Para él fue un alivio que dijeras que no. ¿No es cierto, Calvin?

—Al parecer lo sabéis todo. Pero lo que yo no sé es por qué dijiste que no era una sumisa al uso.

—Su novio de la facultad intentó matarla.

La voz de Glory tras él le sorprendió y se volvió de golpe. Al parecer lo había escuchado todo. —Según me ha dicho Keira, que es la que habló con ella, empezó con un tortazo por una minifalda y terminó dándole una auténtica

paliza que casi la mata. —Calvin palideció. —Creo que confundió ser dominada por un hombre con lo que le vino después. Sabes que hay mucho hijo de puta por ahí. —Le miró a los ojos. —Ni te imaginas el esfuerzo que tuvo que hacer para olvidarlo todo y daros una oportunidad. —Rick cogió por la cintura a su mujer y la besó en la sien. —¿Has visto ese gesto? Eso es lo que hace que mi vida gire a su alrededor y por lo que daría todo. Me acaba de demostrar que me quiere y que me protegería ante cualquier cosa. Eso es lo que Sara necesitaba y que tú jamás le has dado, aunque ella ha demostrado que te ama por encima de cualquier cosa y tú ni te has dado cuenta. —Miró a su marido con amor. —Cielo, ¿me llevas al hospital? Ha llegado la hora.

—¿Y qué haces aquí hablando, mujer? —gritó Rick perdiendo todo el color de la cara.

Glory se echó a reír. —Tranquilo, hay tiempo. —Miró a Calvin a los ojos. —¿Verdad, doctor?

Sara llegó a la puerta de la habitación de Glory con una enorme tarta de pañales que ella misma había hecho en su tiempo libre. Era preciosa decorada con varios artículos de bebé. La tenía preparada desde hacía unos días y estaba deseando ver la cara que ponía porque medía casi tanto como

ella. Colocó la cinta azul que rodeaba el celofán transparente que la envolvía y llamó a la puerta.

—Adelante —escuchó desde dentro.

Poniendo una sonrisa en su cara abrió antes de coger de nuevo la tarta e intentar pasarla por la puerta. Rick se echó a reír. —Dios mío, ¿qué es eso?

—Pañales para un año —dijo riendo porque casi ni entraba. Cuando lo consiguió se volvió con ella en las manos para ver a Calvin ante la cama vestido con la bata de médico. Perdió la sonrisa poco a poco y desvió la mirada hacia Glory forzando una sonrisa. —Felicidades.

—Gracias. Ven a conocer a Lucius.

—Qué nombre más bonito —dijo acercándose y dejando la tarta a su lado—. Es moreno.

—Y tiene los ojos claros como su madre —dijo Rick orgulloso.

—Es precioso. ¿Puedo cogerlo? —preguntó deseosa de tocarlo ignorando a propósito a Calvin que la observaba sin abrir la boca.

—Claro que sí.

Lo cogió con cuidado y lo acunó. —Tenía que haber trabajado en maternidad. Los bebés huelen tan bien...

—Todavía puedes cambiar, ¿no? —preguntó Glory mirando a su médico de reojo que muy tenso no les quitaba la vista de encima.

—Ya tengo otro trabajo.

—¿Ya?

Los tres miraron a Calvin que se tensó cuando ella agachó la mirada a toda prisa. —El doctor Ellison me ofreció el trabajo en cuanto se enteró de que buscaba empleo.

Calvin apretó los labios. —Es un buen ginecólogo.

Asintió antes de mirar a Glory. —Es precioso, me alegro muchísimo por vosotros.

—Sé que lo haces. ¿Verdad, amor?

—Claro que sí. Tienes que venir al bautizo. Será la semana que viene. El sábado.

Se sonrojó algo incómoda. —No sé si podré asistir.

Glory perdió algo la sonrisa. —¿Por el trabajo?

—No, es que tengo que ir a Virginia y no sé si llegaré a tiempo.

—¿A Virginia? —preguntó Calvin dando un paso hacia ella—. ¿Y para qué tienes que ir a Virginia?

Sin mirarle respondió —Voy a visitar a unos familiares.

Para todos fue evidente que eso era una excusa, pero nadie dijo palabra. Incómoda dijo mientras devolvía el niño a su madre —Ahora tengo

que irme.

—Ven a casa cuando tengas un hueco y le coges de nuevo. Así hablamos. Si me avisas estarán las demás y haremos una fiestecita.

—Sí, claro. —Miró a Rick. —Felicidades. Es perfecto.

—Gracias.

Se volvió para irse, pero casi se choca con Calvin que estaba tras ella.

—Adiós.

—Nena...

Ella no quiso oír nada más y le rodeó yendo hasta la puerta tan rápidamente que para todos fue evidente que estaba huyendo. Calvin apretó los puños mirando la puerta cerrada.

—Si esperas que sea ella la que vuelva a ti, estás equivocado —dijo Rick.

Calvin se pasó la mano por el cabello, pero no se movió y Glory apretó los labios mirando a su marido que dijo —Eres un gilipollas de primera.

Furioso salió de la habitación sin mirar atrás. —¿Irás tras ella?

Rick negó con la cabeza. —Quizás sea mejor así.

Capítulo 7

Sentada tras el volante vio como Bobby salía del restaurante donde trabajaba con una mujer que le cogía del brazo. Esa no tenía ni idea de donde se estaba metiendo. Ya tenía otra víctima y a esa todavía no la había pegado porque pudo ver que aún se maquillaba. Apretó los labios arrancando el coche mientras se subían al suyo. Seis años, seis malditos años había esperado ese momento y ahora que sabía que no la buscaba, había llegado la hora de tomarse la revancha.

Le siguió por las calles de Boston y cuando vio que su coche entraba en un garaje, detuvo el suyo a unos metros. Siempre había querido hacer eso, pero el pánico a que volviera a hacerle daño se lo había impedido. Lo que le había dicho Glory sobre su padrastro hizo que el miedo y el sufrimiento que había padecido, se convirtiera en un odio que ahora no se podía quitar de la cabeza. Y después de ver que iba a hacerle lo mismo a otra aún más. Porque lo repetiría, estaba segura.

Miró el edificio. Conocía la zona, había vivido en ese barrio cuando era estudiante. Era un barrio barato pero decente y estaba lleno de estudiantes.

Boston podía ser muy caro para alquilar y trabajando de camarero, que era seguramente el único trabajo que había podido encontrar, era lógico que viviera allí. Aunque le extrañaba que sus padres, ricos como eran, no le hubieran ayudado económicamente. Cuando le habían detenido y ella estaba en el hospital, su hermana Anne le había dicho que su abogado lo pagaban sus padres. Igual el trabajo era algo a lo que le habían obligado los de la condicional. Sonrió irónica. Por supuesto. Mientras aún siguiera con la condicional seguro que sus padres no querían verle por casa y más trabajando de camarero. Pero que viviera allí la mosqueaba mucho. Anne le había dicho que no la buscaba, pero ese barrio... No, no le pegaba nada. Entonces se dio cuenta. Era donde vivía la chica.

—Mierda.

Miró las ventanas y vio que se encendía la luz del tercer piso. Vio como la chica se acercaba a la ventana y reía antes de sentarse dejando ver solo parte de la cabeza. Bobby no tardó en reunirse con ella pasándole la mano por los hombros para atraerla a él. Maldito cabrón. Se le cortó el aliento viendo como la besaba. Como si la quisiera y entonces recordó todos los detalles. Las flores, los bombones, la manera de enamorarla. Keira tenía razón. Calvin no se parecía en nada porque jamás le había mentado y si algún día su mujer recibía un gesto así, sabría que lo hacía de corazón. No como ese capullo que estaba mal de la cabeza. Puto retorcido.

Si era la casa de la chica esa noche perdía el tiempo. Lo mejor es que buscara un sitio donde dormir dentro del coche. No quería registrarse en un hotel porque se suponía que no estaba allí. Arrancó el coche y giró el volante cuando la puerta del pasajero se abrió y gritó del susto mientras Calvin se sentaba mirándola como si quisiera matarla.

—¿Qué haces aquí, nena? —preguntó apagando el motor.

De los nervios le golpeó con los puños. —¡Imbécil, menudo susto!

La cogió por las muñecas pegándola a él. —¿Qué haces aquí?

Sin aliento le miró a los ojos. —No es tu problema. —Intentó soltarse, pero él no aflojó el agarre. —¡Suéltame!

Calvin sujetó sus muñecas con una sola mano y metió la mano en su cazadora jurando por lo bajo al sacar su pistola. —¿Dónde coño has comprado esto?

—En Nueva York. Tengo licencia.

—¡Estupendo! ¿Y vas a matar a ese cabrón con tu propia arma? —le gritó a la cara.

Al parecer Glory tenía la lengua demasiado larga y sabía por qué estaba allí, así que decidió ir al grano para que se largara cuanto antes. —No se ha disparado nunca. Me desharé de ella y denunciaré su robo. Así de simple. Jamás podrán relacionar esto conmigo.

—¿Y no crees que es mucha casualidad que maten a tu ex y que te roben el arma?

—No, porque Glory será mi coartada. Estoy cuidando a Lucius después del bautizo y me quedo a dormir en su casa.

La miró como si no pudiera creérselo. —¡Estáis locas!

—¡Tú no sabes lo que es vivir con miedo! —gritó desgarrada—. ¡Lo que es pensar durante meses que me iba a matar hasta que saliera el juicio! ¡Anne me ha dicho que no me busca, pero yo sé que sí! ¡En cuanto me confíe, me pillaré desprevenida como la última vez!

Viendo el miedo en sus ojos Calvin siseó —¿Quién es Anne?

—Es su hermana. Era mi compañera de piso. Fue la que me encontró la primera vez. Es la única persona que me ha ayudado.

Calvin se tensó. —¿La primera vez?

—Ahí me rompió el brazo —respondió fríamente—. Luego me pidió perdón. Y le creí porque decía que me amaba más que a nada. Pues ahora voy a agradecerérselo. Eso y muchas cosas más.

—¿Me dejas porque no me acuesto contigo y vuelves con ese cabrón después de romperte un brazo? —le gritó a la cara. Sara parpadeó sorprendida por la furia que emanaba—. ¡Contesta a la pregunta!

No sabía qué decir y Calvin sujetó su nuca besando su boca como si

quisiera castigarla. Sara gimió intentando resistirse hasta que la cogió por la cintura pegándola a él. Cerró los ojos sin poder evitarlo y acarició su lengua entregándose poco a poco. De repente Calvin separó sus labios y acarició su mejilla mirándola a los ojos. —Vuelve a Nueva York. No quiero que me llames. No quiero que pases por la consulta. No quiero verte más. ¿Me has entendido?

—Pero...

—Hazme caso, nena. Yo me encargo de esto.

Se le cortó el aliento. —No tienes por qué hacerlo. No tiene nada que ver contigo.

—Haz lo que te digo —dijo muy serio apartándose y metiendo la pistola en la cinturilla de su vaquero—. Hablo en serio, Sara. Vuelve a Nueva York.

Su corazón saltó en su pecho. Hablaba como si le importara. —¿Por qué?

La cogió del cabello por la nuca y siseó —No tengo que darte explicaciones, ¿recuerdas? Vuelve a Nueva York o me voy a cabrear. —Salió del coche y cerró de un portazo cubriendo la pistola con la cazadora de cuero. Sara miró hacia atrás para ver cómo se subía a un coche negro.

Se había llevado la pistola. —¡Joder! —Golpeó el volante varias

veces antes de que el coche de Calvin la adelantara.

Se quedó allí sentada durante unos minutos, pero le había quitado el arma y ella no podría enfrentarse a Bobby sin ir armada. —¡Joder, joder! — gritó furiosa antes de encender el motor.

Tres días después leyó en un periódico de Boston a través de internet que habían matado a golpes a Bobby. La autopsia revelaba que la brutal paliza le había roto brazos y piernas pero que lo que le había matado habían sido los golpes en el esternón. Se creía que había sido asaltado por varias personas debido a la gravedad de las heridas y fue encontrado en un contenedor como la basura que era. Y lo sintió. En ese momento sintió que era libre y se echó a llorar sin poder evitarlo cuando se había jurado que no lloraría más por él. Pero también se sintió agradecida, muy agradecida por lo que Calvin había hecho. Porque sabía que había sido él. No podía imaginar como lo había logrado o si había contratado a alguien, pero sabía que él la había liberado. Y si era posible le amaba aún más que antes porque había querido alejar de ella todo ese dolor que la había acompañado durante tanto tiempo. Cerró la pantalla del ordenador preguntándose si eso era amor o si simplemente lo había hecho porque la apreciaba.

Sentada al lado de Leah cogió su gin-tonic viendo como una tía dejaba que le bajarán la parte superior del vestido para que un tipo que no estaba nada mal metiera su miembro entre sus pechos. Muy nerviosa le dio un buen trago a la bebida casi bebiéndosela hasta la mitad. Brandon reprimió una risa. —Espero que hoy se presente, la fiesta está animada. No quiero perderme el espectáculo.

—Cariño, solo podemos quedarnos hasta las dos. Ya lo sabes. —Miró a Sara. —Esta niñera es una tocapelotas. Si no llegamos a tiempo nos echa la bronca a nosotros. ¿No es la leche con la barbaridad que le pagamos?

—Sí, tenemos que buscar otra.

—¿Qué tal los gemelos? —preguntó por hablar de algo a ver si así se relajaba un poco.

—Oh, están monísimos.

—Son dos machotes —dijo Brandon orgulloso.

—No me puedo creer que ya tengan un mes. Crecen muy rápido.

Y ella no se podía creer que estuviera allí buscando a Calvin después de tantos meses. Iba a pensar que estaba loca. Pero sus amigas consideraban que si se presentaba en el club como una socia más no sería tan humillante,

sobre todo después de que él dijera que no quería verla más. Ya era la tercera vez que iba y empezaba a preocuparse porque nunca habían coincidido. Ya le daba vergüenza obligar a sus amigos a que la acompañaran cuando tenían a sus bebés en casa y era evidente que se morían por irse. Sonrió a Leah. —¿Por qué no os vais?

—No, si queremos ambientarnos un poco —dijo Leah antes de mirar a su marido que estaba medio hipnotizado con la de las tetas al aire. Leah entrecerró los ojos y gruñó cogiéndola por la barbilla—. Disimula —susurró antes de meterle la lengua hasta la campanilla. Gimió con los ojos como platos y Brandon se tensó enderezando la espalda cuando Leah la recostó sobre el sofá y le acarició el muslo levantando su vestido. Leah no hizo caso a sus protestas y llevó la mano a su pecho como si nada antes de apartarse—. Hala, ya está.

Medio atontada de la estupefacción vio como Brandon se levantaba hecho una furia cogiendo a su mujer por la muñeca y tirando de ella sin ninguna explicación hacia la puerta. —Cariño, era para animarla.

—¡Yo sí que te voy a animar!

Sara hizo una mueca enderezándose y llevándose la mano al cabello. Joder con su amiga. Besando era una apisonadora. Se subió el tirante que mostraba la parte superior de su cremoso pecho y miró a su alrededor sintiéndose de repente intimidada al ver la cantidad de tíos que la estaban

observando. Preocupada miró a su alrededor buscando a Rick, pero en ese momento no estaba en el bar y tampoco Glory. Mierda, debían haber subido a ver al niño. Disimulando los nervios cogió su vaso y le dio otro buen sorbo. ¡Hasta le temblaba la mano! Dios, ella no estaba hecha para eso.

Se sobresaltó cuando un tipo se sentó a su lado y mirándola muy serio dijo —Agáchate y chúpamela.

Se quedó lívida. —¿Perdón?

El tipo se bajó la cremallera del pantalón sacándose el sexo y muerta de miedo intentó levantarse, pero él la agarró por la muñeca. —¡Qué me la chupes, coño!

—Soy socia. No tengo que hacer nada que no quiera. —Intentó soltarse. —Y si fuera una de las chicas tampoco te la chuparía porque me das asco.

El tío sonrió. —¿No me digas?

Se levantó sin soltarla y la agarró por el cabello forzándola a que se arrodillara. —Abre la boca antes de que me cabrees.

Rick entró en ese momento en el bar y frunció el ceño al ver que estaba de rodillas ante la polla de ese tío. —¡Eh, tú!

El hombre tiró de ella hacia su sexo y Sara gritó intentando apartar la cara cuando alguien se lanzó sobre el tipo y Sara gritó cayendo de costado al

sentir como le arrancaban unos cabellos. Asustada se sentó en el suelo y vio como Calvin pegaba de puñetazos al tipo fuera de sí. Rick le cogió por los brazos deteniéndole y obligándole a levantarse. Necesitaron la ayuda de Clay para alejarle mientras le gritaba que como volviera a tocarla le mataba. Se revolvió furioso. —¡Soltadme, joder! —Se volvió y miró a Sara acercándose a toda prisa. —¿Estás bien?

Emocionada asintió y él se agachó cogiéndola de los brazos para levantarla con cuidado. —Estoy bien.

Rick sonrió y a ella se le cortó el aliento teniendo el presentimiento de que había sido cosa suya. —Te llevo a casa —dijo Calvin aún muy tenso cogiéndola por la cintura para llevarla hasta la salida.

—No, si quieres quedarte...

—Te llevo a casa —siseó tirando de ella hacia el exterior a toda prisa.

Su coche apareció como por arte de magia y le abrió la puerta metiéndola en su interior antes de que pudiera decir nada. Rezumaba una furia que no le había visto nunca y cuando aceleró se puso aún más nerviosa mientras se abrochaba el cinturón. —Calvin cálmate.

—Que me calme. ¿Qué coño hacías allí? —gritó furioso—. ¡Te dije que no quería verte más!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero yo necesitaba verte y... Por

favor no me rechaces. Sé que lo he hecho mal, sé que no me quieres, pero haré lo que haga falta para que me perdones.

Él la miró fijamente. —Nena, no llores.

—Te he echado mucho de menos. Necesito que me perdones. No es por lo que hiciste. No es por agradecimiento ni nada por el estilo. Te quie...

El impacto lateral fue tan brutal que giraron sobre sí mismos varias veces. Calvin alargó la mano hacia su pecho como si quisiera evitar que se golpeará, pero ella ni lo sintió gritando de miedo. Cuando el coche se detuvo al fin no escuchó los gritos de Calvin diciéndose que no se moviera. Ni como la cogía por las mejillas antes de mirar su cuello perdiendo todo el color de la cara. —Nena, no te muevas.

—¿Calvin? —Sintió algo en su cuello y él gritó pidiendo ayuda. Intentó levantar la mano, pero él negó con la cabeza. —No te muevas, nena — dijo angustiado.

Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Es un cristal?

—No te va a pasar nada —dijo sin dejar de sujetar sus mejillas impidiendo que moviera el cuello—. No te va a pasar nada.

Alguien intentó abrir la puerta del coche y vio por el rabillo del ojo que era un policía. —No se preocupen, enseguida llega una ambulancia.

Se inquietó sollozando sin darse cuenta. —Nena, mírame. Mírame solo

a mí.

—No me dejarás sola, ¿verdad?

—Nunca, cielo. Te lo juro.

Escucharon el sonido de la ambulancia. Uno de los sanitarios se acercó y al ver el corte Calvin dijo —Soy médico. Trae plasma.

—Está en la carótida.

—¡Cierra la boca y haz lo que te digo!

—¿En la carótida? —preguntó aterrorizada.

—Nena, mírame a los ojos. —Miró sus ojos grises que no podían disimular que estaban asustados. —Respira normalmente. Si aceleras tu corazón perderás más sangre.

—Debería haberme desangrado ya —dijo angustiada.

—El cristal impide la hemorragia de momento.

—Me voy a morir.

—No, cielo. No dejaré que eso pase, ¿me entiendes? No dejaré que te pase nada. ¿Confías en mí?

—Sí, no hay nadie en quien confíe más.

Calvin se acercó y la besó en los labios suavemente. —Nena, te vas a poner bien.

La sacaron lentamente del coche por la ventanilla, pero el movimiento debió desplazar el cristal y empezó a sangrar de veras. Calvin entró en la ambulancia dando órdenes mientras los sanitarios trabajaban a su alrededor.

—¡Hay que quitar el cristal! —gritó uno de ellos mientras Sara se quedaba sin fuerzas—. ¡La tensión cae!

Calvin sujetando su cuello arrancó el cristal y metiendo los dedos en su herida consiguió detener la hemorragia. Ella le miró a los ojos. —Nunca he sido más feliz que cuando estuve contigo.

La miró emocionado y se agachó sobre ella acariciando su cabello hacia atrás. —¿Incluso con mis reglas?

Sonrió sin fuerzas. —Incluso con ellas.

En ese momento llegaron al hospital y Calvin dio órdenes a diestro y siniestro corriendo al lado de su camilla. Mirándole él dijo —Eso es nena, no dejes de mirarme. ¡Daos prisa, joder!

Capítulo 8

Sintió que algo le apretaba el cuello. Abrió los ojos y le costó centrar la vista. Una enfermera le estaba tocando el cuello muy concentrada y al intentar hablar se dio cuenta que no podía. Al principio se asustó y la enfermera la miró a los ojos sonriendo. —Está despierta. Eso está muy bien, pero aún no debía despertarse. Hablaré con el doctor. Lleva un respirador, pero enseguida se lo quitarán porque todo va perfecto.

Giró los ojos a un lado y a otro. —Está en cuidados intensivos. La han operado. Voy a...

En ese momento se abrió la puerta y Calvin entró vestido con su bata blanca. —Déjenos solos. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y él se acercó de inmediato cogiendo su mano mientras la enfermera salía a toda prisa. —Nena, tenías que seguir dormida. ¿Es que siempre tienes que llevarme la contraria?

Sonrió sin poder evitarlo.

—Eso es, preciosa... relájate porque todo va como te prometí. Enseguida estarás en casa conmigo y todo irá bien. —Le miró sorprendida mientras una lágrima corría por su sien y él sonrió. —He decidido que tengo

que vigilarte de cerca porque es evidente que me necesitas. —Acarició su cabello con la mano libre mirándola fijamente. —Nada de ir al club de nuevo. Nada de quedar con esas amigas que te meten ideas raras en la cabeza. Nada de ocultarme lo que te ocurre otra vez porque sino me voy a cabrear. Eres mía, nena. ¿Lo has entendido?

Necesitándole más que nunca asintió de manera casi imperceptible. Calvin se sentó a su lado en la cama. —Nos casaremos en cuanto salgas del hospital y volverás a trabajar en la clínica conmigo. —Se le cortó el aliento y Calvin sonrió. —Esto es lo que ocurrirá cuando cumplas mis expectativas. Y lo has hecho muy bien, preciosa. No te has rendido. —Se acercó a ella y la besó en la frente. —Ahora voy a quitarte esto y después descansarás. —Sus labios pasaron por su mejilla borrando sus lágrimas. —No llores más. Eso se acabó. Como te vea llorar de nuevo serás castigada.

Se enderezó levantándose de la cama y de manera eficiente le indicó lo que tenía que hacer para sacar el tubo. Lo hizo tan suavemente que ni lo notó y cuando se sintió libre susurró con voz ronca —No tienes que hacerlo. No tienes que casarte conmigo.

—No intentes hablar ahora, Sara. Tienes las cuerdas vocales algo sensibles aún. —La miró a los ojos. —Y no es una sugerencia. ¿Lo has entendido? No te lo estoy preguntando ni pidiéndote permiso. Es algo que va a pasar. Ahora duerme. Necesitas descansar.

Se fue de la habitación sin decirle cuando iba a regresar, pero Sara a pesar del agotamiento y de tener todo el cuerpo dolorido se sintió feliz. Mirando el techo sonrió sin poder creerse que fuera a ser su esposa.

Un año después

Mirando los resultados de los análisis gimió por dentro al ver que había dado positivo. Calvin la iba a matar cuando se enterara de que había olvidado tomar la píldora dos días en un mes. Se mordió el labio inferior. ¿Y ahora qué iba a hacer?

Se abrió la puerta sobresaltándola y Calvin la miró con el ceño fruncido. —Nena, ¿y la siguiente paciente?

—Estaba mirando si habían llegado más resultados, pero no —dijo a toda prisa cogiendo unos expedientes y ocultando sus análisis entre ellos—. Ahora hago pasar a la señora Benefit.

—¿Estás bien? Estás algo pálida. ¿Te ha bajado la regla?

—No es eso. Ayer no dormí mucho y es culpa tuya.

—Esta noche iré al club, podrás dormir todo lo que quieras. —Le acarició la mejilla.

Se le cortó el aliento como siempre que se lo decía y como siempre disimuló con una dulce sonrisa antes de decir —Que lo pases bien.

Calvin besó sus labios suavemente antes de alejarse hacia la consulta. Pasó ante él viendo como se había puesto a trabajar de nuevo tras su escritorio mientras los demonios le recorrían el alma con unas ganas de gritar que no podía con ellas. Pero tenía que disimular porque como no lo hiciera, él se cabreaba, y si el señorito se cabreaba no le hacía caso en una semana y entonces sí que iba al club todos los días. Llegó a la recepción y sacó sus análisis metiéndolos en la trituradora de papel. Ya pensaría en eso cuando estuviera sola. Puso una sonrisa profesional mirando a través del mostrador a las pacientes. —¿Señora Benefit? Puede pasar, el doctor Mayors la espera.

Cuando se levantó una mujer morena guapísima se tensó de nuevo, pero al ver el enorme anillo de diamantes que portaba en su mano pudo relajarse. Disimuladamente miró su anillo de boda. Un simple aro de oro que ni estaba grabado.

Su boda en el juzgado no era la que había soñado de niña. Ni siquiera tuvo ramo. La sacó del hospital, fueron al juzgado directamente y un amigo de Calvin, del club por supuesto, hizo los honores. Firmaron y a casa, que tenía que hacerle la cena. Se quedó tan sorprendida con lo de la cena después de haber estado ingresada tres semanas que ni supo cómo reaccionar. Como con todo lo que le pasaba en su matrimonio, si podía llamarse así, porque se sentía

más como una compañera de piso con obligaciones que como su esposa.

Cuando se levantaba tenía que hacerle el desayuno porque no quería asistenta en casa que pudiera interrumpir su feliz vida marital. Después tenía que irse a trabajar con él y cuando terminaba a casa de nuevo. Si había que ir a comprar algo tenía que ir con él y si Calvin no podía porque tenía compromisos con sus amigos, tenía que aguantarse porque como decía para eso estaba el servicio a domicilio.

En las últimas navidades tuvo que comprar su regalo por internet para poder darle una sorpresa. Y él cabreado porque Sara se había enfadado por una de las visitas de sus amigas al consultorio, no le regaló nada. No le sorprendió y es que ya no le sorprendía nada.

Pero no todo era así. Cuando estaba con ella en muchas ocasiones parecía que era lo más importante de su vida. Algunas veces le daba sorpresas y se iban de viaje o le hacía regalos. Y el sexo seguía siendo fantástico. Es más, era aún mejor que antes porque parecía que había una conexión entre ellos que le daba la vida. Literalmente, porque el resto de su vida había desaparecido por completo. Excepto por sus amigas. Se llamaban por teléfono habitualmente y no había podido pararlas. Y es que con sus amigas no podía nadie. Ni Calvin.

Cuando Glory la visitó en el hospital con su marido, Calvin se sintió obligado a dejarla pasar precisamente por la amistad que tenía con Rick. Y

con las demás ocurrió lo mismo por mucho que intentó evitarlo. De vez en cuando se presentaban en casa para cenar con ella cuando les decía que Calvin se iba al club y como ella no había cambiado de parecer respecto a su vida con su marido, él se tranquilizó y ya no veía tan mal que siguiera en contacto con ellas. De hecho a veces le preguntaba si las había llamado y Sara contestaba con sinceridad. No había recibido castigos por hablar con ellas, lo que indicaba que ya no le importaba.

Mirando a su marido mientras hablaba con la señora Benefit para enterarse de lo que le ocurría se sintió orgullosa de él. En ciertos aspectos era el marido perfecto, pero que siguiera controlándola de esa manera y lo del club, unido a las visitas de sus amigas... En esos momentos le mataría.

Sus tres amigas la miraron fijamente con la sorpresa en el rostro y Sara gimió levantándose del sofá de enfrente. —Lo veis mal. Es que esto es un desastre.

—No, no es eso —dijo Leah suavemente—. Pero cuando se entere... No creo que reaccione muy bien.

Glory chasqueó la lengua. —También es culpa suya, joder. Deja de torturarte. Estás embarazada, ¿y qué?

—Que su matrimonio es muy especial —dijo Keira asombrada.

—Como el de tus padres y no has salido tan mal.

Keira hizo una mueca. —Vaya, gracias.

—Venga, todas tenemos lo nuestro. El bebé se acostumbrará a vuestra manera de vivir y no es por nada, pero a ti te vendrá de perlas. No te sentirás tan sola.

Se apretó las manos inquieta. —He pensado en...

—No hablarás en serio —dijo Leah impresionada—. Es tu bebé.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Siempre he querido ser madre. Creo que me estoy volviendo loca. Lo deseo muchísimo, pero...

—Pues ahí lo tienes. —Glory levantó su copa de vino. —Brindemos por el nuevo Mayors.

—Glory... —Keira la miró de reojo. —Lo está pasando mal.

—Oh, por Dios. —Glory dejó la copa sobre la mesa de centro y se levantó. —¡Mira, te lo advertí! ¡Te advertimos todas que estabas haciendo las cosas mal! ¡No has seguido nuestras instrucciones y mírate ahora, encerrada en este piso esperando a tu marido! No me vengas ahora llorando porque quieres más y un matrimonio perfecto cuando no haces nada de lo que te decimos.

Sus amigas asintieron, pero ella protestó —Le perdí cuando me revelé...

—No, cielo. Y que te siguiera a Boston demuestra que no fue así. Todavía le importabas —dijo Leah mirándola con pena—. Te diste por vencida por el miedo que tenías a perderle para siempre.

—¡Después de eso no fue a verme en meses! Si no hubiera ido al club... —Se pasó la mano por la cicatriz de su cuello sin darse cuenta. —No le hubiera visto nunca más.

—¡Qué tontería! ¡No quería verte para que la policía pensara que ya no teníais ninguna relación! ¡Se lo sugirió Rick!

Miró asombrada a Glory. —¿Qué dices? ¿Por qué nunca me lo has contado?

Glory gruñó sentándose de nuevo. —Necesito una copa. —Se bebió el vino casi de golpe mientras las demás se hacían las locas.

—¿Qué pasa aquí?

—Puede que no nos dijeras nada de tu encuentro con él para proteger a Calvin, pero nosotras lo sabemos todo —dijo Leah sonriendo para tranquilizarla—. Lo de Boston.

Perdió todo el color de la cara mirando a Glory. —¿Les has dicho lo de Boston?

—No se lo he dicho yo. —Suspiró mirándola fijamente con sus preciosos ojos verdes. —Calvin llamó a Rick desde allí.

Se llevó la mano al pecho. —¿Por qué?

—Porque quería... necesitaba ayuda. Rick era la mejor opción. Tu marido no es tonto. Así que pidió ayuda a alguien que supiera cómo solucionar el asunto. Y lo solucionaron entre los cuatro. —Miró asombrada a sus amigas perdiendo todo el color de la cara.

—Brandon no fue, pero no porque no tuviera ganas —dijo Leah—. No fue porque no podía suspender una reunión de negocios con los accionistas y se vería raro si desaparecía de la ciudad de repente. La prensa ya estaba convocada.

—Fue Clay. —Glory cogió la botella de vino sirviéndose. —Es increíble que después de un año no lo hayáis hablado.

—No ha querido contarme nada. —Pálida tuvo que sentarse sintiendo que le temblaban las piernas. —¿Lo mató él?

Glory sonrió irónica. —Los chicos solo estaban allí de apoyo.

—Pensé que había contratado a alguien.

—David me ha dicho que se puso como loco. Incluso tuvieron que separarle de él —susurró Keira—. Pero no debes preocuparte. La policía ni se lo imagina.

—Rick le dijo que se alejara de ti por si la policía te interrogaba. Como habíamos quedado en darte una coartada, lo mejor era cortar lazos de

momento por si había una investigación. Para no llevarles hasta Calvin.

—En Boston me dijo que no quería verme más.

—Ahí ya había hablado con Rick.

Se le cortó el aliento. —¿Habló con él antes de hacerlo conmigo?

Glory se mordió el labio inferior. —Díselo —dijo Keira.

—En realidad ya lo habían planeado antes.

Sin poder creérselo la miró. —¿Qué dices?

—Estaba investigando quién era Bobby cuando fuiste a Boston.

Se le cortó el aliento. —¿Por eso me siguió?

—Le pareció raro lo de Virginia y me preguntó. Pero como yo no sabía nada de sus planes todavía porque mi marido no me había contado nada, le mentí y le dije que irías a ver a tus padres a Virginia. Fue cuando me dijo que tu padre había muerto cuando estabas en la universidad. —A Sara se le cortó el aliento porque ella no se lo había dicho y recordó que una de las pacientes le había preguntado cuando había empezado a trabajar para él, pero ni siquiera estaban en la consulta. Estaban en el pasillo de la que se iban. —Y que tu madre no tenía contacto contigo desde hacía años.

—No la conocí. Abandonó a mi padre cuando tenía tres años y no la volví a ver.

Glory hizo una mueca antes de beber. —Pues el hecho es que sabía que

no podía ser, así que estaba mosqueado con ese viaje a Virginia.

—Y me siguió.

—Adelantaste sus planes, eso es todo.

—Pero si no sabía lo que había ocurrido.

—Sí que lo sabía —dijo Leah—. Clay le consiguió la suficiente información que necesitaba saber, aunque la decisión estaba tomada, porque si ese gilipollas había estado en la cárcel por hacerte daño, para él era suficiente. ¿Por eso entiendes cuando te decimos que te precipitaste al presentarte en el club? Él hubiera ido a ti tarde o temprano.

—¡Vosotras me animasteis!

—Es que estabas tan triste que era una pena. ¡Cualquiera te decía que no! Somos tus amigas —protesto Glory—. Y todo hubiera salido bien si no hubiera sido por ese puto borracho que os envistió en el coche. Él se hubiera cabreado y todo empezaría de nuevo.

—Dios mío... —susurró dándose cuenta de que tenían razón.

—Cuando te volvimos a ver después de salir de cuidados intensivos ya te ibas a casar —añadió Leah—. Estabas tan contenta que no vimos nada extraño en ello. Creíamos que se había arreglado.

—Pero no, porque volviste con sus normas y sin rechistar —dijo Glory entre dientes.

Leah hizo una mueca. —Tenías todo en tu mano para negociar y lo desaprovechaste. Nos dimos cuenta en cuanto viniste a vivir a esta casa y teníamos que visitarte aquí. Pero como parecías feliz...

—No dijisteis nada. —Las tres asintieron. —Así que es culpa mía.

—Exacto. ¡Tú le consientes ese comportamiento y hace lo que le viene en gana! ¡Si quieres cortarlo, tiene que ser cuanto antes! ¡Y si es antes de que nazca el bebé mucho mejor!

—Él no te quiere perder, Sara —dijo Keira sonriendo irónica—. Sino no se hubiera casado contigo y no hubiera intervenido en Boston. ¿Por qué crees que controla todo lo que haces?

—No confía en mí.

—¡No! —exclamaron las tres antes de echarse a reír.

—¿No? —Asombrada vio cómo se partían de la risa.

—No quiere que conozcas a otro —dijo Glory divertida—. Me di cuenta enseguida. Trabajas rodeada de mujeres. Nada de ir al club. Nada de salir sin él. Por eso le da una rabia terrible que te visitemos y que compares matrimonios. Teme que conozcas algo mejor y te des cuenta de que él no merece la pena.

—¿Está celoso? —No salía de su asombro. —¡Si le digo que le quiero todos los días!

Glory sonrió maliciosa. —Pues igual no deberías decírselo tanto.

Capítulo 9

Dos noches después estaban cenando y él miró el filete que estaba crudo mientras ella comía a dos carrillos muerta de hambre. —Nena, ¿nos han cancelado la cuenta del gas?

Levantó la vista sorprendida. —¿Qué?

—Está crudo. Sabes que no me gusta la carne así —dijo con asco antes de entrecerrar los ojos—. ¿Ocurre algo?

—No. —Se levantó de inmediato. —Espera, que te lo paso un poco más. —Sonrió cogiendo su plato. —Igual es algo grueso. En un minuto lo tendrás.

La miró con desconfianza mientras iba hacia la cocina rápidamente. Diez minutos después estaba ante la sartén donde su filete se estaba calcinando. Ignorándolo se miró las uñas distraída.

—¡Sara! —Se sobresaltó girándose. —¡Se está quemando!

Aparentando asombro miró el filete. —Vaya. —Cogió la sartén tirándola a la pila. —Pues no hay más. Comete el mío.

—¡Ya te lo has comido todo! Hazme otra cosa.

—Cariño es que como no me dejas salir a comprar... —Le miró arrepentida. —Lo siento. La nevera está vacía.

Asombrado fue hasta la nevera y la abrió para ver solamente un yogurt. Cerró de un portazo antes de girar la cabeza hacia ella lentamente. —¿Se puede saber por qué no me lo has dicho antes?

—Se me olvidó.

—¡Estás castigada! —gritó furioso reaccionando como ella esperaba porque cuando tenía hambre se ponía intratable.

Sara parpadeó encogiéndose de hombros como si le diera igual y él la miró con asombro mientras salía de la cocina. Cuando salió al salón ella estaba recogiendo y lo tenía ya todo en la bandeja. Se volvió pasando ante él como si nada.

Una hora después estaba lista para irse a dormir con un camisón de seda rosa que había comprado por internet para darle una sorpresa. Se acercó a la cama pasándose el cepillo por su sedoso cabello mientras su marido, que simulaba leer un libro, la observaba de reojo. Sara suspiró sentándose en la cama y dejó el cepillo en la mesilla antes de tumbarse a su lado dándole la espalda. Suspiró de nuevo abrazando su almohada y cerrando los ojos sintió como su marido se tensaba a su lado. —Nena, ¿estás bien?

Le miró sobre su hombro y sonrió asintiendo antes de darse la vuelta

sonriendo más ampliamente maliciosa. —¿Seguro?

—Solo estoy algo cansada. Hasta mañana. —Estiró la mano apagando su lamparita antes de suspirar de nuevo.

Calvin no leyó una hoja más porque no escuchó que pasara la página. Lo que sí escuchó fue que gruñía por lo bajo y sabía de sobra el por qué. Porque no le había dicho como todas las noches que le amaba antes de apagar la luz. Y como no habían hecho el amor en esos dos días porque estaba castigadísima después de confundir unos informes en el consultorio, pues tampoco se lo había dicho antes de llegar al orgasmo. Estaba que se subía por las paredes. Y ahora más aún porque se había dado cuenta de que la castigara sin sexo ya no la afectaba en absoluto. A ver si la ataba a la cama de una vez porque ya iba siendo hora.

Se quedó dormida y no hubo felación mañanera porque incomprensiblemente se había ido la luz por la noche y el despertador no sonó a su hora. Calvin estaba de un humor de perros porque habían tenido que irse a trabajar sin desayunar y por supuesto la culpa había sido suya. Para compensar el cabreo, salió un ratito de la consulta mientras se suponía que estaba haciendo una extracción y le llevó un croissant y un café como le gustaba. Cuando se lo puso delante él frunció el ceño. —¿De dónde has sacado esto?

—De la cafetería de enfrente. Matt ha sido muy agradable y me lo ha preparado muy rápido porque le dije que tenía prisa. —Sonrió radiante. —¿A

que es majó?

Él entrecerró los ojos. —¿Matt?

—El dueño. Ha abierto hace dos meses. Se sorprendió cuando le dije que trabajaba en frente porque no me conocía. Que aproveche, cielo. —Fue hasta la puerta.

—¿Has desayunado?

—Matt me ha invitado a un croissant. Me lo he comido de camino — dijo como si nada.

El resto del día fue muy normal. Comieron en un restaurante donde ella pidió lasaña y asombrado vio que se lo comía todo dejando el plato limpio y eso que la ración podía ser perfectamente para los dos. —¿No me dijiste que habías desayunado?

—Y lo hice. —Vio que había tomado su café. —¿Nos vamos? Sino llegaremos tarde.

Le miró mosqueado. —Nena, ¿te ha bajado la regla? Estás muy rara.

—No me toca —mintió descaradamente.

—¿No? Yo creo que si te toca.

—¿Y por qué lo sabes? ¿Porque es la semana donde te visitan más amigas?

Dejándole con la boca abierta vio cómo se levantaba y se iba sin él

que ni siquiera había pedido la cuenta.

Cuando llegó a la consulta miró a Dana. —¿Dónde está mi mujer?

Parpadeó asombrada con el teléfono en la mano. —¿No estaba con usted? Creía que se habían ido a comer.

—Ha salido antes que yo —siseó.

—Pues no ha llegado.

—¿Cómo que no ha llegado? —gritó sobresaltándola.

Con los ojos como platos negó con la cabeza. —No ha llegado todavía, doctor Mayors.

Poniéndose nervioso sacó el móvil y la llamó. Lo tenía apagado. —
Estupendo. Esto es estupendo.

—¿Y no fue a trabajar en toda la tarde? —preguntó Rick divertido.

—Apareció una hora antes de cerrar —siseó haciendo reír a sus amigos—. Fue a comprarme un regalo por lo gruñona que estaba. Que la perdonara. Que no sabía lo que le pasaba.

—A veces las mujeres tienen cambios de humor —dijo David riéndose—. Mi Keira a veces no se aguanta ni a sí misma. Mejor alejarse corriendo

porque va de la hiperactividad, a la alegría y al llanto de una manera que te deja pasmado. Igual está en una fase así.

—¿Y no la castigas? —preguntó Calvin asombrado.

—Aprovecho sus momentos de hiperactividad.

Todos se echaron a reír. Todos excepto Calvin que seguía serio bebiendo de su copa. —Vamos, Calvin. No es para tanto. Seguro que tú eres mucho más intratable para convivir.

—No sé... Hay algo que no está bien.

Rick frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Está perdiendo el interés. —Sus amigos se miraron y no dijeron palabra. Calvin apretó los labios. —Ya ni me dice que me quiere.

—Joder, tío. Te lo advertimos.

—¡Ella no es como vuestras mujeres!

—Es mujer. Eso ya lo explica todo —dijo Brandon—. Todas sueñan desde niñas con un matrimonio de cuento de hadas y si no lo consiguen se frustran.

—Tú no tienes pinta de príncipe en absoluto.

Todos rieron de nuevo y Brandon el que más. —Sabes de sobra lo que quiero decir, capullo.

—Es lógico que tu mujer se sienta algo decepcionada. Hostia si ni siquiera puede salir de casa sin ti —dijo David asombrado—. Keira me pega un corte de manga antes de dejar temblando la tarjeta de crédito para darme una lección.

—¿Cuánto se gastó en tu regalo? —preguntó Rick con curiosidad.

Apretó los labios antes de contestar —Treinta pavos. Lo he visto en el extracto de su tarjeta de crédito. Me ha regalado una corbata. —Sus amigos se quedaron en silencio bebiendo de su vaso. —Pinta mal, ¿eh?

—Muy bien no pinta —dijo Brandon más serio—. Igual deberías llevártela de viaje. Recordarle por qué se enamoró de ti.

—Igual he sido algo duro con ella. Le levantaré el castigo y la llevaré a cenar a un sitio bonito.

—Y después le das un repaso que la deje temblando. Si eso no funciona es que estás perdiendo tu toque.

Madre mía, qué noche. Todavía sentía las piernas como gelatina. La había sorprendido cuando llegó a casa justo antes de que se pusiera a cenar y cuando le dijo que saldrían casi ni se lo podía creer después de lo que había hecho. Se acercó y le dio un beso en los labios a su pasmada esposa. —Ponte

algo sexy, nena. Mientras tanto me tomaré una copa.

Cuando fue hasta el mueble de las bebidas ella corrió hacia la habitación haciéndole sonreír. —Que estoy perdiendo mi toque...

Quince minutos después frunció el ceño levantándose del sofá. — Nena, tengo la reserva para dentro de veinte minutos. —Fue por el pasillo hasta su habitación y se quedó de piedra al ver a su esposa desnuda ante el espejo con el rímel en la mano. —¿Todavía estás así?

—Es que me he duchado y... ¡Tenías que haberme avisado! ¡Tardo al menos quince minutos en maquillarme!

¿Estaba protestando?

Sara vio su cara de asombro a través del espejo y cerró el rímel para coger la barra de labios. Sacó el rojo intenso y se lo iba a aplicar en el labio inferior cuando su marido la cogió del brazo volviéndola de golpe. —¿Qué coño te pasa? —le gritó a la cara.

Parpadeó aparentando asombro. —¿A mí?

—¡Nena, me estás cabreando!

—Pero si no he hech... —Atrapó sus labios haciéndola gemir de la sorpresa y cuando su marido la cogió por los glúteos pegándola a él, la barra de labios cayó de su mano para sujetarse en sus hombros poniéndose de puntillas para pegarse a su cuerpo. Calvin se apartó de repente con la

respiración agitada negando con la cabeza.

—No, nena. ¡Esto es un castigo!

—Castígame todo lo que quieras —susurró mirando sus labios antes de morder con delicadeza su labio inferior.

—Me parece que no lo has entendido. —Chilló cuando la cogió por la cintura tirándola sobre la cama y sorprendida le miró con los ojos como platos apartándose el cabello de la cara mientras se quitaba la chaqueta furioso. — Me vas a contar qué es lo que ocurre antes de que termine contigo, eso te lo juro.

Se le secó la boca mientras se quitaba el cinturón sacándolo por las presillas del pantalón. La recorrió una excitación que ni sabía que podía sentir y más cuando metió el cinturón por la hebilla. —¿Qué haces Calvin?

—Esta vez va a ser un poco distinto. No me digas que no, nena. Porque eso no te va a librar. —Intentó cogerle la mano y ella chilló queriendo apartarse, pero él se subió sobre su cuerpo sentándose a horcajadas y sujetando sus muñecas, las ató con el cinturón por encima de su cabeza. Él miró hacia abajo y amasó sus pechos endurecidos. —Esto te encanta, ¿no es cierto?

—¿Calvin? —Gimió cuando apretó sus pezones entre sus dedos antes de levantarse de encima y empezar a desvestirse. Algo decepcionada por si la

dejaba así miró a un lado para ver cómo se desvestía y muerta de deseo vio que se acercaba a la mesilla de noche y abrió el cajón sacando el gel lubricante.

—¿Sabes, preciosa? Me he dado cuenta de que mis amigos puede que tengan razón. Mi dominación empieza a flaquear, ¿no es cierto? Ya no me tomas en serio cuando te castigo. Te juro que después de esta noche me vas a tomar pero que muy en serio cuando te digo que hagas algo. —Se sentó a su lado y su mano fue a parar entre sus piernas acariciándola de arriba abajo sin ninguna delicadeza. Sara gritó arqueando la espalda sin poder evitarlo y él sonrió. —Como te corras no vas a poder sentarte en una semana, eso te lo juro. —La volvió de golpe poniéndola boca abajo y amasó sus nalgas antes de sentarse sobre sus piernas. Sin aliento sintiendo que su corazón se le salía del pecho por el placer que sentía con sus caricias en sus glúteos ni sintió como el gel caía por sus nalgas. —¿Ahora vas a decirme qué ocurre, preciosa?

—¿No sé de qué me hablas!

Un azote en el trasero la hizo gemir de placer y cerró los ojos antes de sentir el siguiente. —Sara, estoy esperando.

—No sé de... —Gritó al sentir su miembro entrando por atrás con fuerza y sin aliento apretó las manos.

—Hacía tiempo que no follaba este precioso culo, ¿verdad? —

preguntó divertido—. ¿Te tengo abandonada? Pues esto te va a encantar. —
Movi6 sus caderas con contundencia y Sara crey6 que el placer la mataba. —
Te sientes tan bien —dijo 6l con voz ronca—. ¿Te he dicho alguna vez que
desde que te vi por primera vez me moría por follar este culo? Esta noche me
voy a quedar a gusto. —Entr6 en ella de nuevo y repiti6 el movimiento una y
otra vez hasta que Sara estuvo tensa como una cuerda. —Nena, hasta que no
me lo digas no voy a dejar que te corras.

—¡Sigue! —grit6 desquiciada por liberarse.

Un fuerte azote la hizo gritar de frustraci6n y 6l ri6 por lo bajo
saliendo de su cuerpo. —Me gust6 mucho tu regalo —dijo alejándose.

Mir6 sobre su hombro y le vio salir del vestidor con unas cuantas
corbatas en la mano. —Esto lo vas a disfrutar mucho. Te lo aseguro.

—¡Calvin! —Le dio la vuelta como si fuera una muñeca y antes de
darse cuenta le había atado un pie a la cama. Se sent6 de golpe tirando de su
pie. —¡No tiene gracia!

—¿No querías lo que tienen tus amigas? Pues ahora vas a saberlo.
Cuando termine contigo a ver qué prefieres.

La empuj6 por el hombro tirándola sobre el colch6n de nuevo y
gritando de la frustraci6n intent6 que no le atara las manos, pero fue inútil.
¡Parecía que estaba disfrutando! —¡Esto me lo vas a pagar!

—Claro que sí, nena. —La cogió de la barbilla. —Si me dices que está pasando por esa cabecita tuya te proporcionaré varios orgasmos. Si no... Si no estaré así toda la noche hasta que entres en razón.

—¡Qué te den! —le gritó en la cara antes de que la besara como si quisiera devorarla.

Tres horas después de besar cada centímetro de su piel y de haber torturado su cuerpo hasta lo indecible, lloriqueaba de necesidad y su marido aún dentro de ella le susurró al oído —Dime que me quieres.

—¡Te quiero! —Entró en ella con fuerza de nuevo y no pudo evitarlo. Todo su cuerpo estalló de éxtasis.

Calvin suspiró como si fuera un desastre. —Ahora voy a tener que empezar de nuevo, nena. Me has cabreado.

De pie al lado de su escritorio mientras su marido hablaba con una paciente suspiró con fuerza y él la fulminó con la mirada por distraerle. Chasqueó la lengua cruzándose de brazos y Calvin la miró como si hubiera cometido un delito grave. ¿Cómo podía estar tan fresco después de no pegar ojo en toda la noche? ¡Parecía que a ella la había atropellado un tren! Casi prefería el sexo de antes. Duro, intenso y con un orgasmo de la leche después de un tiempo prudencial. Y si necesitaban más repetían, pero lo de aquella noche... ¡Si lo repetía mucho no llegaba ni a los treinta! Menudas energías

tenían sus amigas. Chasqueó la lengua de nuevo. Ahora entendía que no trabajaran. ¡Era porque no podían tenerse en pie!

La paciente se fue y ni la acompañó sentándose en el escritorio al lado de su marido que sonrió divertido. —Cielo, ¿estás cansada?

—¿Puedo irme a casa?

—No. A no ser que quieras descansar para repetir esta noche.

—Paso a la siguiente.

Él rió por lo bajo viéndola huir de la consulta. Ese día se iba a portar muy pero que muy bien.

Capítulo 10

Calvin sonrió mirando a sus amigos. —Gracias.

—¿Ha entrado en razón? Increíble. Mi mujer se sigue revelando —dijo Rick frunciendo el ceño.

—Pues está claro que mi mujer prefiere como lo hacíamos antes. Está como una malva. Ha vuelto a ser la de siempre con solo una sesión.

—Debo decir que me has impresionado —dijo David—. Pero solo han pasado dos días.

Brandon negó con la cabeza. —Tío, aún es pronto para ver los resultados.

—Tenías que verla, es mencionar que repitamos y sale huyendo.

Sus amigos se miraron divertidos. —¿Seguro que lo has hecho bien? —preguntó Rick con cachondeo.

—Muy gracioso. —Su teléfono empezó a sonar y él frunció el ceño al ver quien era. —Disculpad, es Sara —dijo levantándose y descolgando—. Dime, nena. —Frunció el ceño aún más. —¿Cómo has dicho? —Todos vieron cómo se tensaba. —¿En la calle Spring? Espera ahí que voy ahora mismo y

elijo el color contigo.

Sus amigos se echaron a reír a carcajadas. —¿Algún problema? — preguntó Brandon.

—¡Se está tiñendo el pelo! —gritó a los cuatro vientos antes de salir de allí a toda pastilla.

Necesitaba tomarse vitaminas, pensó sentándose en el vestuario mirando la taquilla. Éste no iba a poder con ella. Además desde que había empezado con su plan no había pasado ninguna por la consulta, lo que significaba que él tampoco estaba tan fresco como quería aparentar. ¿Debía decirle ya que estaba embarazada? No, esperaría un poco. Hasta que no le dijera que la quería nada. Éste se iba a enterar.

Agotado metió la llave en la cerradura deteniéndose en seco al oír unas voces.

—¿Así?

—Sí, así es perfecto—dijo un hombre en el interior de su casa—.

Inclínate un poco hacia atrás. Respira profundamente. ¿Lo sientes?

—Oh, sí. Es maravilloso.

Abrió la puerta a toda prisa para ver a su mujer tumbada en el suelo boca abajo sujetándose con las manos sobre una esterilla de yoga, vestida con una malla negra que estilizaba su cuerpo mientras un tío le sujetaba los tobillos agachado tras ella. Cuando pasó las manos por sus gemelos haciéndola gemir, cerró la puerta de un portazo y ella se sobresaltó. —Oh, cielo... ¿ya estás aquí?

—Eso es evidente —dijo mirando al hombre que era un tipo bien cachas únicamente vestido con unos pantalones de lino blanco y por como se notaba su excitación no llevaba nada debajo —. ¿Qué es esto, Sara?

—Es mi profesor de yoga. —Sonrió radiante. —Servicio a domicilio. Es Matt.

Calvin entrecerró los ojos. —¿Matt? ¿Matt el de la cafetería?

—También da clases de yoga. Privadas.

Matt algo sonrojado carraspeó y se incorporó alargando la mano. — Mucho gusto.

Calvin le apretó la mano sin sonreír gruñendo por su pecho al descubierto. —¿Cuánto te debo, Matt? La clase ha terminado.

Matt perdió la sonrisa poco a poco. —La primera clase es gratis.

Metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta. —Como va a ser

la última quiero pagarte.

Matt la miró como si no entendiera nada y Sara se sonrojó. —¡Cariño!
¡Es servicio a domicilio!

—Preciosa, ve a cambiarte. Vamos a cenar con nuestros amigos —dijo
entre dientes sacando cien dólares de la cartera—. Gracias por venir.

—Si hay algún problema... —dijo Matt sin entender.

—Hay un problema que a ti no te importa en absoluto. Ahora recoge
tus cosas y lárgate de mi casa.

—Es bueno para ella asistir a estas clases. La desestresan y...

—¡A mi mujer la desestreso yo! —Abrió la puerta. —¡Fuera de mi
casa!

—Calvin es que me lo han aconsejado. ¡Y me gusta! —protestó ella
indignada.

—¡Ni quiero preguntar quién te lo ha aconsejado!

Matt recogió la colchoneta. —No pasa nada, Sara. Cuando entre en
razón pásate por la cafetería y hablamos. Al parecer necesitas hablar con
alguien porque esto no es normal.

Dejó caer la mandíbula del asombro. ¿Quién era ese tío para criticar
su matrimonio? —¡Oye! ¡Mi matrimonio es de lo más normal! Mi marido es un
poco posesivo porque me quiere mucho, ¿qué pasa? ¡Fuera de mi casa!

Calvin levantó ambas cejas mientras aquel grandullón se sonrojaba cogiendo su ropa a toda prisa sin calzarse siquiera las zapatillas. Sara le miró con odio mientras iba hacia la puerta. —¡Y tus croissants son una mierda!

En cuanto salió Calvin cerró de un portazo. Suspiró mirándola antes de poner los brazos en jarras. —¿Servicio a domicilio? —preguntó con ganas de pegar cuatro gritos.

—¿Qué querías que hiciera? —Levantó la barbilla. —Me voy a la ducha. Que estoy acalorada. —Fue hasta el pasillo y gritó —¡Yo también quiero tener una vida!

La siguió con grandes zancadas. —¡Ya tienes una vida!

—¡La vida que tú me permites tener!

—¡Exacto! —Entró en el baño y vio cómo se quitaba la parte de arriba de las mallas hasta la cintura. —¡Y te recuerdo, porque parece ser que se te ha olvidado, que estabas de acuerdo!

Sara se mordió la lengua agachándose para arrastrar la malla hasta los tobillos y cuando liberó las piernas se enderezó mirándole a los ojos. Estaba muy mosqueado. ¿Le remataba? Estaba en una encrucijada. —¿Sara...? —La advertencia en la voz de su marido la decidió.

—Cariño, voy a decirte algo que te va a enfadar.

—¿Más? —gritó dando un paso hacia ella—. ¡No me digas que te has

acostado con ese musculitos!

—No, claro que no. Teniéndote a ti...

El alivio recorrió su rostro. —¿Entonces qué es?

—Vas a tener que cambiar de vida. —La miró sin comprender. —Vas a tener que cambiar mucho de vida.

—¡Y eso por qué si puede saberse!

Sara sonrió de oreja a oreja. —Porque vas a ser padre.

Sentados a la mesa con todos sus amigos miró preocupada a Calvin que casi no había abierto la boca en toda la noche. Es más, parecía que cualquier cosa que pasaba a su alrededor no era tan importante como lo que se le estaba pasando por la cabeza y eso que sus amigos habían intentado animarle durante gran parte de la noche.

Keira sentada a su lado con un precioso vestido rojo se acercó a ella y susurró —¿Qué le pasa a Calvin?

—Se lo he dicho. —La miró a los ojos. —Lo del bebé.

Su amiga reprimió la risa. —Pues le ha dejado en shock.

—¿Tú crees que esto le durará mucho?

—No sé. El mío no reaccionó así. Estaba encantado y orgulloso.

Se mordió el labio inferior algo nerviosa. Esperaba que gritara, que se cabreara muchísimo, pero se había quedado blanco mirándola como si le hubiera dado la sorpresa de su vida y después había salido del baño con esa expresión en la cara que no se le había borrado todavía.

—No te preocupes. Seguro que es una fase —dijo Glory.

—¿Cómo reaccionó el tuyo?

—Me llevó a la cama a toda prisa. Pero es que quería esposarme con urgencia. —Se echó a reír. —Algún día tengo que contaros esa historia. Os vais a partir de la risa.

Se estiró mirando a Leah que hizo una mueca. —Mi marido estuvo empeñado en el embarazo desde el principio. No te sirvo de ejemplo.

—Mierda. Así que estoy en terreno inexplorado.

—La verdad es que tu relación no se parece en nada a las nuestras. Shuss... que nos mira.

Levantó la vista para ver como su marido la miraba fijamente y de repente entrecerró los ojos. Keira susurró —Uy, uy... Esa mirada no presagia nada bueno.

De repente se levantó y nerviosa vio que rodeaba la mesa diciendo — Si nos disculpáis, mi esposa y yo tenemos temas importantes que discutir.

Rick dejó la copa de vino sobre la mesa. —Ya era hora, amigo. Está claro que tenéis que hablar.

Calvin cogió su mano y se levantó de inmediato cogiendo su bolsito rosa a juego con el vestido entallado que llevaba. —Cariño, ¿estás bien?

—Hablaemos en casa.

Salieron del restaurante y como no habían llevado el coche tuvieron que esperar a que apareciera un taxi. Ella le miró de reojo. Seguía tan serio como antes lo que no la tranquilizó nada. —Si es el bebé...

La fulminó con la mirada. —En casa, Sara.

Se mordió el labio inferior y no hablaron una palabra hasta llegar a casa porque no quería enfadarle más de lo que ya estaba. Calvin cerró la puerta suavemente y Sara dejó el bolso sobre el sillón para mirarle. Se apretó las manos mientras su marido suspiraba poniendo las manos en jarras. —Puedo tenerlo, ¿verdad? —preguntó asustada—. Yo quiero tener a tu bebé.

Calvin miró a su mujer sorprendido. —¿Creías que te iba a decir que abortaras?

—Decías que no querías y pensaba... —Ahora se arrepentía de haber pensado eso. Incluso de haber pensado en hacerlo ella y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo siento.

—Joder, nena... No llores. —Se acercó a Sara y la abrazó pegándola a

él. —Ahora entiendo lo que ha pasado durante estos últimos días. No quieres que el bebé tenga esta vida.

Se abrazó a su cintura necesitando sentirle y él le acarició el cabello con ternura. —Seré discreto, ¿de acuerdo?

Parpadeó asombrada. —¿Cómo que serás discreto? —Se apartó para mirarla a la cara. —¡No, Calvin! ¡Esto se acabó!

Calvin palideció. —¿Qué quieres decir? ¿Me estás dejando?

—Claro que no. ¡No seas imbécil! —Asombrado vio que iba hacia la habitación. —¡Lo que se acabó es que me pongas los cuernos y esta vida enclaustrada! —Se volvió señalándole con el dedo. —Te lo advierto. ¡Como otra te ponga un dedo encima a partir de ahora, van a salir los demonios que llevo dentro! ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho! —gritó histérica quitándose el vestido y tirándolo al suelo mientras entraba en la habitación con su marido detrás—. ¿No querías saberlo? ¡Pues ya lo sabes! Estoy harta de que otras te pongan las manos encima. ¡Si me quieres, a partir de ahora vas a tener que renunciar a ellas como yo he renunciado a todo por ti! ¡Y más te vale que lo hagas! ¿Me has entendido? ¡Porque si no te juro que quemo la casa, la consulta y les arranco los pelos! ¡Estoy harta de reprimirme! —Puso los brazos en jarras mirándole. —¿Dónde has metido la pistola?

—Sara...

Otra advertencia. —¡Nada de Sara! ¿Me quieres o no me quieres? ¡Porque sino no lo entiendo! ¡Yo jamás haría algo que a ti te hiciera daño! — Sus ojos se empañaron de nuevo. —¿Me quieres, Calvin? ¿Cómo crees que me siento cuando sé que otra mujer te está tocando? ¿Qué te la estás follando a unos metros y que yo no puedo decir nada por miedo a perderte? —Una lágrima corrió por su mejilla.

Calvin se volvió furioso y golpeó con fuerza la pared sobresaltándola antes de salir de la habitación dando un portazo. Sara cerró los ojos mientras la decepción la recorría y se dejó caer sobre la cama sintiendo que se le retorció el corazón de dolor porque estaba segura de que esa vez le había perdido.

Rick hablando con un cliente, vio como Calvin sentado solo al fondo del club rechazaba a otra de las chicas que buscaba compañía antes de pedir otro whisky. Al ver que el camarero iba hacia la barra, se disculpó con el socio y le hizo un gesto con la mano para que se acercara. —¿Cuántos lleva?

—Tres, señor Campbell.

—Que sea el último.

—Sí, señor Campbell —respondió antes de alejarse.

Rick se acercó a su amigo y se sentó frente a él en silencio. Calvin hizo una mueca. —Al parecer la cena ha durado poco.

—Ha durado mucho menos la conversación con tu mujer.

—Está embarazada. —Hizo una mueca antes de beber. Rick no movió el gesto. —No sé por qué me sorprende que ya lo sepas.

—Lo comenté con las chicas. Estaba preocupada. No sabía qué hacer.

—¿Qué hacer?

—Pensó en abortar porque creía que tú no lo querías y no quería disgustarte.

—Estupendo.

El camarero le sirvió el whisky y le puso otro a su jefe antes de alejarse mientras Rick le observaba fijamente. —Tienes remordimientos. Al parecer ya has llegado al punto en el que estamos todos.

—No sé cómo coño me aguanta. —Bebió el contenido de su vaso hasta la mitad y tragó dejándolo sobre la mesa. —Me ha preguntado si la quiero. Que si la quiero, ¿por qué le hago daño estando con otras?

—Es lógico que piense así. Muchas mujeres no soportan el estilo de vida de un dominante. No lo terminan de entender si las queremos. Y la quieres, Calvin. Ahora tienes que calibrar si te compensa renunciar a parte de tu vida por ella como Sara ha hecho por ti. ¿Te compensa?

—¿Sabes que sí, joder! ¡De otra manera tú no lo hubieras hecho!

—¿Entonces qué haces aquí en lugar de estar con tu mujer en tu casa celebrando que has entrado en razón? —Vio los remordimientos en su rostro. —¿Sabes? No eres el único que te has comportado con su mujer como un cabrón. Yo mismo lo he hecho y durante años, que es aún peor. —Sonrió divertido. —Pero mi Glory era dura de pelar.

—No sé qué haría sin ella.

Rick se levantó y le dio una palmadita en el hombro. —Pues vete a demostrárselo, amigo. Aunque sea por una sola noche demuéstrole que es la mujer de tu vida para que le quede bien claro.

—¿Me devolverás la prima del club?

—Ni hablar. —Calvin rió por lo bajo. —Os vendrá bien venir de vez en cuando para ponerlos a tono. Os lo digo por experiencia.

Cinco minutos después vio salir a Calvin del club y sonrió acercándose a Clay. —¿Te vas? —preguntó su mano derecha.

—Glory está arriba así que estaré en el ático. Que no me molesten a no ser que sea algo urgente.

Clay sonrió asintiendo. —Entendido, jefe. Que lo pases bien.

—Con mi chica siempre.

Capítulo 11

Calvin entró en su piso y cerró la puerta mirando a su alrededor. Le extrañó que las luces estuvieran encendidas. —¿Nena?

Dejó las llaves sobre la mesa y caminó hasta la cocina, pero las luces estaban apagadas. Recorrió el salón para ir hacia la habitación encontrándose el vestido rosa en el pasillo. Lo cogió y entró en la habitación para ver las sábanas revueltas pero la cama vacía. —Nena, ¿estás bien? —Tiró el vestido sobre el tocador y se acercó a toda prisa al baño empujando la puerta para ver la luz apagada. —¿Sara? —Nervioso miró su ropa colgada en el vestidor de la que pasaba de nuevo hacia la habitación. A toda prisa recorrió todo el apartamento y al llegar al salón de nuevo vio su bolso en el sofá. Fue hasta él tirando su contenido sobre la mesa de centro para ver su móvil. Se enderezó perdiendo todo el color de la cara porque no se había llevado las tarjetas de crédito ni las llaves de casa. Se llevó las manos a la cabeza volviéndose y volvió a revisar el piso. —¿Sara!

Rick y David llegaron media hora después. —¿Qué ha pasado? — preguntó David mirando a su alrededor.

—Ha desaparecido. Joder, no tiene dinero ni se ha llevado el móvil.

—¿Estás seguro?

—He revisado todos sus bolsos. Las tres tarjetas están ahí y también cien pavos. —Señaló el teléfono móvil. —¿Las chicas saben algo?

—No —respondió David—. Si se pone en contacto con ellas nos llamarán de inmediato, no te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme, joder! ¡Mi mujer ha desaparecido! ¡Voy a llamar a la policía!

—No te van a hacer caso —dijo Rick mirando el suelo antes de agacharse ante la puerta—. No han pasado las horas reglamentarias para que puedas tramitar la denuncia. —Pasó el dedo sobre el suelo de parquet y lo miró haciendo una mueca antes de volverlo.

Calvin palideció al ver el color rojo en su piel. —Joder, ¿eso es sangre?

—Llama a los hospitales. Hay que averiguar si ha venido a recogerla una ambulancia —dijo David muy serio.

Calvin no perdió el tiempo y llamó a todos los hospitales de los alrededores negando con la cabeza cada vez que le decían que no. Después de

cuatro llamadas miró a sus amigos. —Es imposible que la llevaran a otro hospital. El protocolo indica que tiene que ir a los más cercanos —dijo asustado.

—Sigue llamando por si acaso —dijo Rick registrando el salón. Cuando terminó fue hasta la habitación y al ver la cama revuelta fue hasta el baño. La mampara estaba mojada y el plato de ducha también. Por la cantidad de agua en el cristal parecía que se habían duchado recientemente. Había una toalla doblada y al tocarla vio que estaba húmeda. Sí, se había duchado. — ¡Calvin! ¡Ven a ver si falta algo de ropa!

Calvin hablando por teléfono revisó todo el vestidor y cuando le dijeron que no estaba ingresada donde estaba llamando movió las perchas de un lado a otro. —¡No sé si falta algo, joder!

—Piensa. No te dejes llevar por los nervios. Se ha duchado. ¿Qué haría después?

—Se echa crema hidratante y después se pone un camisón. —Salió del vestidor y fue hacia la cómoda abriendo el primer cajón. Revolvió los camisones y se detuvo en seco mirándolos fijamente antes de correr hacia la cesta de la ropa sucia del baño. Bajo la atenta mirada de Rick que le siguió hasta el cuarto de la colada, tiró el contenido del recipiente de plástico para revolver la ropa. Su amigo le miró. —Falta un camisón verde esmeralda. Se lo compró hace un par de meses para darme una sorpresa.

—Y en camión no pudo irse. Al menos por propia voluntad —dijo Rick muy tenso.

—¡Tíos, mirad esto!

Corrieron hasta la entrada donde David había salido de la casa y mantenía la puerta abierta. Señaló el marco donde cerraban las bisagras. Había unos cabellos castaños pegados en la chapa de metal sujetos por uno de los tornillos. También había algo de sangre.

—Dios mío... —dijo Calvin agachándose.

—Cerraron la puerta cuando ella aún estaba en el suelo —dijo Rick—. Esto no me gusta nada.

—¡Voy a llamar a la policía!

Rick le cogió por el brazo metiéndole en casa y David después de entrar cerró la puerta. —Escúchame bien... ¿Tienes enemigos?

—Joder, claro que no.

—Pues el único enemigo que tenía tu mujer no ha podido hacer esto. Y no ha sido algo al azar. No os han robado.

Llamaron a la puerta y Calvin se tiró a ella viendo a Brandon que muy serio entró en la casa. —Hay sangre en la puerta.

—Joder con Sherlock —dijo David impresionado—. ¿Algo más que puedas aportar?

—El portero no está abajo. Como no me habéis llamado, me imaginaba que no había aparecido y le iba a preguntar si la había visto. Está tirado en el patio trasero del edificio al lado de los cubos de basura.

—¿Esta muerto? —preguntó Calvin muy nervioso.

—Solo está desmayado. Por precaución no le he tocado. —Hizo una mueca. —Creo que es mejor que se despierte solo.

—Bueno, está claro que han venido a por ella. Han aprovechado que tú has salido de la casa, han atacado al portero y han subido hasta aquí llevándosela seguramente inconsciente, porque su cabello estaba en la parte baja de la puerta. No hay signos de resistencia por su parte. Estaba en la cama en camisón, encendió las luces para ir hasta la puerta y la atacaron —dijo David analítico.

—Tiene que ser alguien fuerte para habérsela llevado.

—¿Alguien relacionado con lo de Boston? —preguntó Rick haciendo que se miraran los unos a los otros.

—Ha pasado más de año y medio desde eso. Se ha cambiado el apellido al casarse y vive en otro sitio. —Brandon negó con la cabeza. —No creo que sea por eso. Además, ella no hizo nada en realidad.

—Esa tal Anne, la que le enviaba los mensajes... Era su hermana, ¿no?

—No ha vuelto a recibir nada suyo —dijo Calvin muy nervioso—.

Además estaba de su parte. Según Sara fue la única persona que la ayudó.

—Puede que después de que muriera su hermano le entraran los remordimientos por ponerse en contra de su familia.

—Se ha casado y está embarazada de ocho meses —dijo dejándoles de piedra—. Me pareció conveniente controlarles un poco por si acaso. Han seguido con su vida muy a gusto después de librarse del garbanzo negro de la familia. Son ricos y con reputación. Para ellos su muerte fue un alivio.

—Entonces debemos pensar en otra persona. Y tiene que ser alguien musculoso.

—No se relaciona con nadie que no seamos nosotros —dijo David—. La verdad es que su estilo de vida nos facilita mucho todo esto. Calvin, ¿conoces a alguien que le tenga rencor?

—¡No! ¡En la clínica la adoran, joder! Y como dijisteis siempre está rodeada de... —Se detuvo en seco pensando en ello. —El tío de la cafetería.

Rick frunció el ceño. —¿Qué cafetería?

—La de enfrente de la clínica. Esta noche cuando llegué le estaba dando una clase de yoga en el salón. Le eché de mi casa. Incluso ella se enfadó con él porque dijo que éramos muy raros o algo por el estilo. —Frustrado se pasó las manos por el cabello. —Le gritó que yo la quería y que era posesivo. El tipo se fue de inmediato sin dar más problemas. Se llama Matt. Es la única

persona con la que se ha relacionado últimamente aparte de las pacientes.

Rick sacó el móvil y en cuanto contestaron dijo —Clay, averíguame quién tiene la cafetería de delante de la clínica de Calvin. Esto es muy urgente. Llama y pide los favores que haga falta. Sobre todo me interesa un tal Matt. No sé si es el dueño o si solo trabaja allí. Quiero su dirección. Cuanto antes.

—Voy a llamar a la policía.

—Mientras vienen, contamos lo que ocurre y se ponen en movimiento, perderemos un tiempo precioso —dijo David mirándole fijamente—. ¿Seguro que quieres eso? Yo buscaría a mi mujer cuanto antes, sobre todo si existe la posibilidad de que ese tipo se la haya llevado.

Calvin se llevó las manos a la cabeza. —Voy a la cafetería.

—No es mala idea —dijo Rick colgando—. Al menos es una pista.

Sintió como la tiraban sobre una cama. —Ya verás. Cuando entres en razón seremos muy felices. Te voy a tratar como a una reina. Ese marido que tienes no te conviene. Te he visto salir mil veces de la clínica con ganas de llorar cuando él no te acompañaba. —Cogió su muñeca y tiró de ella suavemente atándola con algo muy suave. Pensó en resistirse cuando tiró con delicadeza de su otra muñeca, pero sabía que no podría con él. —No eres

feliz. Lo sé. Y cuando al fin entraste en la cafetería sentí cómo conectamos. Pero él te tiene atrapada, ¿verdad? No te preocupes que en cuanto pasen unos días ni te acordarás de él. Al ver cómo te trata me he dado cuenta de que me necesitas. Me necesitas muchísimo. —Se sentó a su lado y acarició su mejilla. Sara tuvo que reprimir un gesto de asco intentando no apartar la cara. —No te preocupes que aquí estás a salvo. A mi lado. —Besó sus labios suavemente como si no quisiera despertarla. —Aquí estás a salvo, mi amor.

La recorrió un estremecimiento de horror. ¡Estaba loco! Sin moverse sintió como se levantaba y caminaba por la habitación. Abrió un ojo ligeramente para ver encendida únicamente la lámpara de al lado de la cama. Matt se estaba quitando la camiseta y el vaquero que llevaba y cuando se desnudó, se volvió hacia ella. Cerró los ojos de nuevo y le sintió a su lado.

—Estás preciosa con ese camisón. —Se tumbó y reprimió el asco porque estuviera desnudo a su lado. Su mano fue a parar a su pecho y se lo amasó por encima de la seda. —Me pones tan cachondo... Pero todavía no estás preparada, ¿verdad?

Dejó de tocarla y escuchó el click del interruptor de la lámpara. Sintió cómo apoyaba la cabeza sobre su brazo pasando su mano por su cintura para abrazarse a ella. Al sentir su miembro endurecido contra su cadera casi grita de la repugnancia, pero algo en su interior la hizo aparentar seguir desmayada. Seguramente todo lo que había disimulado con Bobby cuando tenía que

aparentar que todo iba bien para que no le diera otra paliza. Entonces fue totalmente consciente de que su relación con Calvin era la más sana que había tenido nunca porque jamás la había obligado a nada. Era libre para irse cuando quisiera y libre para decidir quedarse con sus reglas. Le amaba tanto... Dios, se moría por estar con él y que la abrazara para que se le quitara el miedo que ahora sentía en su interior. Una lágrima corrió por su sien y al escuchar la respiración pausada de Matt a su lado abrió los ojos. Muy despacio miró a su alrededor y gracias a una rendija en la cortina por la que se filtraba una luz vio que estaban en una habitación con un papel de flores que era un auténtico horror de los sesenta. ¿Dónde coño estaban? Había un aparador antiguo que mostraba varios marcos de plata con fotos antiguas. La lámpara de la mesilla era de cristales de colores. Sabía que esas lámparas eran carísimas porque las pantallas eran hechas a mano por artesanos, así que aquella casa había sido de alguien de dinero. Además la cortina era de terciopelo y estaba gastada. Ahora se llevaban, pero con la decoración que había allí dudaba que fueran de temporada.

Intentando no mover el brazo miró hacia arriba y vio que le había puesto un grillete de cuero forrado con algo rosa que era muy suave. Increíble. ¿Por qué le pasaban esas cosas a ella? ¿Es que no podía fijarse en un tío normal? Aunque ella no se había fijado en ese musculitos. ¡Por Dios si casi ni había hablado con él! El cartel de profesor de yoga estaba en el escaparate y

por fastidiar a Calvin había preguntado. ¡Pero qué podían haber hablado? ¿Veinte minutos como mucho? Ese tío estaba mal de la cabeza. Ni se lo podía creer cuando le vio en la puerta de su casa porque esperaba no verle nunca más. Cuando la golpeó en la cabeza sí que fue una sorpresa. ¡Y parecía un poco corto! A ver cómo salía de esa, porque ese imbécil se animaba él solo y era capaz de violarla por decirle buenos días.

Se mordió el labio inferior y fue consciente de que no estaba amordazada. ¿Y si gritaba? Estaba demasiado cerca. Igual debía esperar a que se fuera a trabajar. Porque se iría. Aunque puede que antes de irse la amordazara para evitar que gritara en su ausencia.

Cuando Matt roncó le miró asombrada. ¡Acababa de secuestrarla y dormía a pierna suelta! Uy, cuando su marido le pillara, le iba a inflar a hostias. Miró hacia la correa que rodeaba su muñeca y estiró el dedo anular hacia abajo a ver si podía llegar a la tira de cuero que la cerraba inclinando la mano hacia abajo. Se mordió el labio inferior cuando consiguió meter el dedo y tiró de él hacia arriba sacando la tira de la presilla. Miró hacia abajo asegurándose de que el grandullón seguía dormido y cogió la tira con el índice y el pulgar girando la muñeca para sacarla del gancho de la hebilla. Parpadeó asombrada al ver que al no querer atarla muy fuerte la tira de cuero salía sin problemas. Deslizó la muñeca cogiendo la correa para que no rebotara contra la madera del cabecero y miró al tipo. Ahora venía lo difícil, hacer que su

cabezón no notara que sacaba el brazo de debajo. Decidió esperar un poco porque acababa de dormirse y no tendría todavía el sueño muy profundo. La paciencia era una virtud y ella había demostrado que la tenía de sobra. Contó hasta sesenta ciento veinte veces y cuando él se giró poniéndose boca arriba, aprovechó para sacar el brazo dejando que apoyara la cabeza sobre la almohada. A toda prisa desató la otra muñeca y se levantó de la cama cogiendo su almohada para ponérsela al lado y que no notara su ausencia. De puntillas se acercó a la ventana y parpadeó al mirar fuera. Estaba en un barrio porque había casas de dos plantas cada una con su jardín. ¿Dónde coño estaba Manhattan?

Juró por lo bajo girándose y fue hasta la puerta lentamente. Ya podía limpiar el muy guarro. El suelo estaba sucísimo. Cogió el pomo de la puerta y lo giró tan lentamente que prácticamente no hizo ruido y la abrió sin dejar de mirar a Matt que seguía dormido plácidamente. Qué pena que no pudiera meterle cuatro garrotazos, pero no quería arriesgarse a que la golpeará y estaba embarazada. Su niño era lo primero. Miró hacia el pasillo y se quedó con la boca abierta al ver a su marido mirándola de arriba abajo con el ceño fruncido. ¿No se creería que se había ido porque había querido? —Me estoy escapando —susurró ella muy seria.

—Nena, apártate.

Se le pusieron los pelos de punta por como lo dijo y antes de darse

cuenta Rick, David y Brandon subieron por las escaleras tranquilamente. Miró a su marido a los ojos. —¿Qué vais a hacer? No quiero líos. Cariño, vamos a tener un hijo. ¡No quiero visitarte en la cárcel!

Rick levantó una ceja. —¿No quieres líos?

Escucharon que los muelles de la cama se movían y Calvin la cogió por los hombros apartándola. Antes de poder evitarlo los cuatro entraron en la habitación y gimió al escuchar los golpes. —¿Estás desnudo, hijo de puta? Vas a saber lo que es el dolor. Eso te lo juro por mis muertos —dijo Calvin furioso.

Intrigada metió la cabeza para ver como sus amigos se lo sujetaban mientras le pegaba una paliza de aúpa. —Cariño, no lo mates. Es que al parecer se ha enamorado. Pero no me ha tocado un pelo. Bueno un pelo sí, pero no me ha hecho el amor ni nada.

Al parecer a Calvin no le gustó mucho que le dijera eso porque le arreó dos puñetazos que hubieran desmayado al más pintado. —¡Tus manos! ¡Deberías tener cuidado, que son muy delicadas!

Calvin la miró exasperado. —¿Me quieres dejar a mí, mujer?

—Uy, perdona... Pero es que pierdes el norte y luego acaba en el depósito. —Matt se revolvió gritando que le soltaran y su marido le pegó un puñetazo en el estómago que le dobló. Sara hizo un gesto de admiración. —

Cariño, ¿haces boxeo? Se te da muy bien para ser un novato.

Estaba demasiado concentrado en su venganza como para responderle y Sara se cruzó de brazos dando golpecitos con el pie. —¿Acabas de una vez?

Todos la miraron asombrados. —¡Estoy helada! ¡Y tengo hambre! ¡Además quiero ducharme! ¡Me da asco este sitio!

—Amigo ya acabamos nosotros —dijo Rick divertido.

—Que lo entienda bien. Que cierre el local y desaparezca porque como le vuelva a ver, le voy a rajar de arriba abajo.

—Vete tranquilo.

Calvin gruñó antes de pegarle otro puñetazo que le hizo revotar la cabeza demostrando que había perdido el sentido y gruñó de nuevo yendo hasta ella para cogerla en brazos. Se abrazó a él y respiró su aroma.

—Cielo, a partir de ahora nada de salir de casa.

—¿Ni para trabajar?

Gruñó siseando —Me lo tengo que pensar. No quiero quitarte la vista de encima.

—Me echarías de menos. No le matarán, ¿verdad?

—Se ha librado porque estás bien. Rick sabe qué hacer para que ni se le ocurra acercarse de nuevo. —La besó como si quisiera fundirse con ella y cuando se apartó la miró a los ojos como si fuera lo más importante de su vida

y no se creyera todavía que estuviera bien.

Ella le acarició la mejilla sabiendo en ese momento que se había asustado de veras y susurró —Te amo más que a nada.

—Más te vale.

Sara sonrió sin poder evitarlo mientras bajaban por la escalera y salieron por la puerta de la cocina que estaba abierta. Antes de darse cuenta ya estaba en su coche y su marido iba en dirección a la isla. Estaba muy tenso y ella le acarició el muslo porque era obvio que se había asustado y eso incomprensiblemente la hizo sentirse querida. —Estoy bien.

—Menudo hijo de puta. —La miró fijamente. —¿Qué tienes en la cabeza? ¿Con qué te golpeo? Vi la sangre, así que no me mientas.

—No lo sé. —Se llevó la mano al lateral de la cabeza y frunció el ceño al sentir un chichón. —¿Tengo una herida?

—Sí, nena —siseó apretando el volante como si estuviera estrangulando a Matt —. ¡Tenía que haberle matado!

—Estoy bien.

—¡A partir de ahora nada de ir a tomar cafés! ¡Ni a pedir croissants ni nada a ningún sitio!

—Sí, cielo —respondió al verle tan alterado.

—De casa al trabajo y del trabajo a casa. ¡Y sin hablar con nadie!

—Sí, cielo.

—¡Y se acabó el servicio a domicilio! ¡Y menos aún si estás sola!

—Lo que tú digas, mi amor.

La miró de reojo como si todo fuera culpa suya. —Está claro que no puedo quitarte ojo. ¡Uno! ¡Hablas con un tío y te secuestra!

—Sí, soy un desastre —dijo impresionada—. Pues no parecía que tuviera interés en mí y fíjate. Qué será lo que les doy.

La fulminó con la mirada. —¡Sara!

—¿Sí, amor?

—¡Estás castigada!

Sonrió ilusionada porque unas horas antes creía que le había perdido.

—¿Cuánto tiempo?

—¡De por vida!

Epílogo

Sentada en la terraza mirando ropita de bebé por internet sintió a su marido tras ella. Calvin se agachó y la besó en el cuello antes de acariciar posesivo su vientre de seis meses. —¿Cómo están mis chicas?

—Esperándote desde hace una hora.

—He tenido una urgencia. —Besó el lóbulo de su oreja haciéndola suspirar.

—¿De qué tipo? —preguntó con ironía.

Él rió por lo bajo besándola de nuevo. —Eso se terminó, preciosa.

Le miró reflejando todo el amor en sus preciosos ojos castaños. —
¿Aunque te enfades?

Calvin entrecerró los ojos. —¿Qué has hecho?

—Holaaa... —Sorprendido miró hacia su derecha para ver a Glory en la terraza de al lado.

—¿Qué haces tú ahí?

Se apartó su melena negra mirándolo maliciosa. —Al fin he

convencido a Rick de que necesitábamos una casa más grande. ¿A que es genial? ¡Ahora somos vecinos!

Sara reprimió la risa al ver la cara de su marido que parecía que le estaba saliendo una úlcera. Glory sonrió maliciosa. —¿A que te hace muy feliz?

—Mucho. No sabes cuánto.

—Pues entonces esto te va a encantar. —Se giró de golpe para ver en la otra terraza a Leah. —¡Mi Brandon me prometió una casa nueva antes de tener a los bebés y ésta es increíble! ¡Justo lo que necesitamos! ¡Me encanta la Quinta Avenida! ¡Ahora estaremos todos en la misma calle! —Dio dos saltitos moviendo de un lado a otro su coleta rubia. —Keira también está encantada. —Asombrado vio que saludaba en frente y allí estaba Keira que les saludó con la mano mirándole con ganas de reírse a carcajadas.

Gruñó mirando a su mujer que parecía un ángel por la inocencia de su rostro. —Así me tienen vigilada, cielo. Y no tienes que preocuparte, porque la niña y yo estaremos bien protegidas de posibles repartidores de pizza chiflados.

—Muy graciosa. Ahora entiendo por qué querías este piso. —Y añadió con burla —Cariño, tenemos que mudarnos. Esta casa es muy pequeña ahora que vamos a ser tres. Rick me ha comentado que ha visto un piso perfecto para

nosotros. ¡Lo habíais planeado todo!

—Una casualidad.

—Casualidad, ¿eh? —La cogió por el brazo levantándola del asiento.

—¡Señoras si nos disculpan, quiero hablar con mi mujer a solas!

—¡Tienes una sorpresita en las patas de la cama! —gritó Glory—.

¡Qué aproveche!

La llevó hasta la habitación rodeando las cajas de la mudanza que ni siquiera había abierto. —¡Y encima no has colocado nada! ¡Te permití no trabajar esta semana para que te encargaras de esto!

—Es que he estado muy ocupada, cielo.

—¿Con qué? ¿Hablando con las vecinas?

Entraron en su enorme habitación y él se detuvo en seco al ver una cama gigantesca con sábanas de seda negra cubierta con pétalos de rosa y velas encendidas por toda la habitación. Pero eso no era todo, había un armario abierto con cientos de artilugios para dar placer. —Feliz aniversario, amor. —Se volvió hacia él abrazándole por el cuello. —¿Te gusta?

Él gruñó atrapando su boca antes de llevar sus manos a su trasero para amasarlo con ansias. Se apartó para mirarla a los ojos y decir con voz grave —Joder, nena... Todavía no me puedo creer todo lo que siento a tu lado.

—Te amo. —Besó su labio inferior suavemente antes de acariciarlo

con la lengua. —Dímelo, cariño. Que sea mi regalo. Es lo único que quiero en este día. En el día que nos casamos.

—Te amo, preciosa. Eres lo más importante en mi vida.

Ella sonrió radiante alejándose de él para ir hacia el armario cogiendo una pequeña fusta. —¿Ahora vas a castigarme, mi amor?

Comiéndosela con los ojos ordenó —¡Desnúdate!

—Como digas, amo.

FIN

Eli Jane Foster es el seudónimo en su versión más erótica de la autora Sophie Saint Rose.

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)

- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás

- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)

- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)

- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily

9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

